

# HORA DE ESPAÑA

REVISTA MENSUAL

## XII

### SUMARIO:

TRABAJOS DE ANTONIO MACHADO, JOSE M.<sup>a</sup> QUIROGA PLA,  
ARTURO SERRANO PLAÑA, JUAN JOSE DOMENCHINA,  
MANUEL ALTOLAGUIRRE, JULIAN MARIAS, ERNESTINA  
DE CHAMPOURCIN, RAMON GAYA, J. GIL-ALBERT Y MARIA  
ZAMBRANO. EL MUNDO PRIMERO POR ANDRES IDUARTE



---

*Viñetas de Ramón Gaya. Valencia, Diciembre, 1937.*



HORA  
DE  
ESPAÑA



HORA  
DE  
ESPAÑA

---

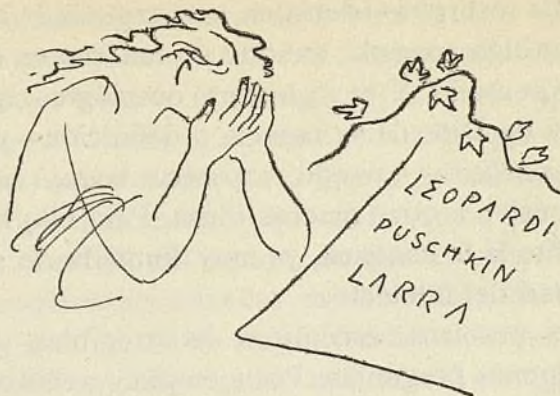
*Tipografía Moderna, Avellanas, 9 - Teléfono 11062 - Valencia.*

ENSAYOS  
POESIA  
CRITICA



*AL SERVICIO*  
*DE LA CAUSA POPULAR*





## MISCELANEA APOCRIFA

### PALABRAS DE JUAN DE MAIRENA

Nuestro escepticismo, amigos míos—habla Mairena a sus alumnos—, nos llevará siempre a dudar de todas las hipótesis metafísicas, y a dudar, no menos, de que estas hipótesis hayan sido definitivamente retiradas de la circulación. En verdad, ellas reposan sobre creencias últimas, que tienen raíces muy hondas. Si en el estadio de la lógica nos aparecen como contradictorias, envueltas en proposiciones que se excluyen, esto no quiere decir que en la esfera de nuestra creencia no puedan coexistir o alternar. Tampoco ha de entenderse que nuestras creencias sean, en general, más verdaderas que nuestras razones, sino que son más persistentes, más tenaces, más duraderas y que son ellas también—las creencias y por ende las hipótesis metafísicas—más fecundas en razones que las razones en creencias.

\*



Algún día resurgirá—decía mi maestro—la fe idealista, la creencia, hoy algo apagada, aunque no muerta, en el verdadero ser de lo pensado. Y el argumento ontológico, que deduce la existencia de Dios de su esencia o definición—el *esse in re* del *esse in intellectu*—, puede reaparecer *mutatis mutandis* y hacerse extensivo a otras muchas ideas. Para ello bastará con que se debilite la fe kantiana, ya muy limitada de suyo, en la no intuitividad del intelecto.

Entonces nosotros, escépticos incorregibles, tendremos que hacer algunas preguntas. Por ejemplo: ¿creéis en la muerte, en la verdad de la muerte, por el hecho de pensarla, con más seguridad que aquellos para quienes *universalia sunt nomina*?

Creencia es muy tenaz en nuestra conciencia, hasta el punto de convertirse en un principio director de nuestro pensamiento, la creencia en la mismidad de lo absoluto. Que todo, a fin de cuentas, sea uno y lo mismo es creencia racional de honda raíz. La razón misma, se piensa, no podría ponerse en marcha si, en su camino de lo uno a lo otro, no creyera que lo otro no podía ser, al fin, eliminado. Y esto parece tan cierto como... lo contrario, a saber: que sin lo *otro*, lo esencial y perdurablemente *otro*, toda la actividad racional carecería de sentido. De modo que todo el trabajo de nuestra inteligencia va acompañado de dos creencias contradictorias: en la existencia y en la no existencia de lo otro. Yo no sé si los filósofos han meditado bastante sobre este tema. Algunos hondos atisbos, en esta cuestión esencialísima, encontramos en la filosofía romántica, desde Fichte a Hegel, pero en estos pensadores triunfa la primera de las dos creencias, como claramente



se ve en Schelling (sistema de la identidad) y en Hegel (concepto del espíritu absoluto). Les faltó escepticismo para acercarse ansiosamente a la verdad y plantearse agudamente el problema, sobrábales esa pereza mental propia de los filósofos dogmáticos que, después de fatigar el pensamiento por el abuso de la lógica, alcanzan lo que pudiéramos llamar la beatitud filosófica: el estado de espíritu en que se aceptan como verdades conquistadas aquellas mismas ideas de que se había partido, y que no tenían mayor fundamento que una ingenua creencia. Así se piensa haber refutado el escepticismo, superándole con Kant, por una filosofía crítica. Pero el escepticismo sigue en pie. La Crítica de la razón pura, con su belleza incomparable de poema lógico, es una ingente tantología, en cuya base se encuentra la fe en la ciencia físico-matemática, que Kant había heredado del pensamiento renacentista y del gran siglo barroco.

\*

Porque Kant no escribió una cuarta Crítica—concedemos que hizo bastante con las tres que dejó terminadas—, una Crítica de la Pura Creencia, la distinción entre el saber y el creer, no ha trascendido más allá de la esfera teológica, y se encuentra aproximadamente como en los felices tiempos de Duns Scotus. Todavía no hemos reparado en que la creencia plantea problemas independientes de la religión. Porque se puede creer o no creer en Dios, pero no menos se puede creer o no creer en la realidad del éter, de los átomos, de la acción a distancia, en la idealidad o no idealidad del tiempo y del espacio y hasta, si me apuráis, en la existencia del queso manchego. Tampoco hemos de confundir la creencia con la mera opinión sobre las cosas del hombre ingenuamente realista. Lo



que constituye una creencia verdadera—decía mi maestro— es la casi imposibilidad de creer otra cosa, su hondo arraigo en nuestra conciencia. El credo *quia absurdum est*, atribuido a Tertuliano, contiene una verdad psicológica: la de un estado de espíritu en que la creencia se atreve a desafiar a la razón. No hemos de aceptarlo, sin embargo, como verdadero en el sentido de que sea necesario a la creencia la hostilidad del saber, o de que sólo pueda creerse en lo revelado por Dios contra los dictados de la razón humana; porque lo más frecuente es creer en lo racional, aunque no siempre por razones.

#### LO QUE HUBIERA DICHO JUAN DE MAIRENA EN 1931

En 1837 se extingue en Italia la amarga y breve vida de Giacomo Leopardi; en el mismo año, y a los veintiocho de su edad, se mata Fígaro en Madrid, y es muerto en Rusia Alejandro Puchkin, que había nacido en 1799. Por tres caminos distintos—la dolencia congénita, el duelo y el suicidio—vino en un mismo año la muerte a llamar a la puerta de tres egregias juventudes. ¿Fueron muertes prematuras las de Larra y Puchkin, por cuanto hubo en ellas de inesperado y accidental?

Prematuras, no, ni siquiera anticipadas y a destiempo, si es cierto que la juventud y la muerte suelen ir emparejadas como hermanas gemelas en los días románticos. Acaso esté bien llamar romántico—como decía mi maestro—a quien alcanza en *plena madurez temprana muerte*. Algo habría que oponer—claro está—a esta definición del romanticismo. Ella nos obligaría a incluir en él, no sólo a Leopardi, que fué, en parte, un clásico madurador de la muerte, sino al propio Tito Lucrecio Caro, tan apartado de la edad romántica. Contiene, sin embargo, alguna verdad; porque hay muchos románticos,



los más, a quienes puede aplicarse el verso de mi maestro. Recordemos, con Puchkin y Larra, a Byron, a Shelley, a Espronceda, a Musset, a Becquer, a tantos otros que dejaron en plena juventud obra madura si no siempre insuperable, tal, al menos, que ellos no la hubieran nunca superado. Y acaso no sería del todo aventurado decir que la longevidad ha malogrado a más románticos que la muerte misma.

Pero volvamos a Larra y a Puchkin. Larra deja una obra breve, pero acabada y perfecta, en su género. Un siglo llevamos imitando sus artículos de costumbres, sin llegar a igualarlos siquiera. No es extraño: para pensar como Larra, sólo Larra, y nadie más que Larra, había venido al mundo. Pero Larra triunfó en nuestras letras por temperamento, como si dijéramos por riñones, como, a veces, se triunfa en España. Su suicidio fué, en cambio, un acto maduro de voluntad y de conciencia. Anécdotas aparte, Larra se mató porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla. ¿Fué un error? Acaso, aunque perfectamente sincero y maduro. La muerte de Larra me recuerda el suicidio de un personaje de Dostoïewski, que se mata cuando cree haber averiguado que Rusia no sería nunca un gran pueblo. El ruso se equivocaba, sin duda. ¿Se habría suicidado Larra si, en el Madrid de su tiempo, hubiera logrado ver algo del Madrid de nuestros días? Probablemente, no. Pero la obra de Larra estaba acabada allí donde él la dejó, y fué el suicidio su último y definitivo artículo de costumbres. Su misión romántica fué madurar brevemente una obra de muerte, y una gran verdad: «el hombre es la medida de todas las cosas, menos la de los hombres y la de los pueblos».

\*



Es Alejandro Puchkin el más grande poeta de Rusia. Su obra es la piedra fundamental de la literatura eslava. La lírica, el teatro y la novela deben a Puchkin creaciones definitivas. Gogol, Turgenef, Dostoïewski, Tolstoi lo admiraron sin reserva. Los rusos juran por su nombre. El mundo entero proclama a Puchkin inmarcesible gloria de la literatura moderna.

Es cierto que cuando un poeta romántico, como Puchkin, muere en plena juventud por violencia imprevista, pensamos más en lo trágico y fatal que en lo fortuito de su acabamiento, como si su destino no se hubiera logrado sin aquella temprana muerte. Murió Alejandro Puchkin en duelo, a manos de un señorito, hábil—si no recuerdo mal—en el manejo de la pistola. ¿Por culpa, acaso, de una mujer frívola—su propia esposa—no menos insignificante que la amada de Fígaro? Puchkin tuvo la elegancia de morir defendiendo piadosamente el honor de su esposa. ¿Por culpa, tal vez, de una corte abyecta e intrigante que Puchkin despreciaba? Cuando haya eruditos capaces de averiguar algo, lo sabremos.

Alguna vez he pensado que en la muerte de Puchkin hubo también algo de suicidio, aunque por motivos contrarios a los que tuvo Fígaro para matarse. Acaso el Conde Alejandro Puchkin se dejó matar, que es manera indirecta de suicidio, dejó que matasen al cortesano que llevaba consigo desde su nacimiento, aceptó el lance en que éste podía morir, cuando el poeta, el hombre esencial que había sido siempre, encontró plenamente y logró hacer suya el alma maravillosa e inmortal de su pueblo. Como buen ruso era Puchkin hombre complejo, capaz de amarse y aborrecerse al mismo tiempo. Además, ¿qué importaba a Puchkin morir en una encrucijada de la corte, cuando pensaba tener asegurada la inmortalidad en el corazón de su pueblo?



La Rusia actual, que celebra el primer centenario de la muerte de Puchkin, es tan grande como el poeta la había soñado. Y toda ella dice hoy: ¡Nuestro Puchkin! Y con Rusia, lo decimos todos los amantes de la libertad y de la cultura: ¡Nuestro Puchkin!

HABLA MAIRENA EN 1909

Algún día se pondrá de moda el pensar en la muerte, tema que se viene soslayando en filosofía—la filosofía, en verdad, lo ha soslayado casi siempre—y, con una nueva metafísica de la humildad, comenzaréis a comprender por qué los grandes hombres solemos ser modestos.

\*

En verdad que el *Memento mori*—añadía Mairena—no sueña siempre a tiempo entre los filósofos, merced a lo cual la existencia humana, cuya totalidad no puede ser pensada sin pensar en la muerte, su indefectible acabamiento, se va distanciando con exceso de la filosofía, para convertirse en tema de reflexiones demasiado triviales. Al mismo tiempo, una filosofía que pretende saltarse el gran barranco, o construir a su borde, tiene algo de artificial y pedante, de insincero, de inhumano y, me atreveré a decirlo: de antifilosófico. Por miedo a la muerte, huye el pensamiento metafísico de su punto de mira: el existir humano, lejos del cual toda revelación del ser es imposible. Y surgen las baratas filosofías de la vida, del vivir acéfalo, que son todas ellas filosofías del crimen y de la muerte.

ANTONIO MACHADO.



# HOMBRE ADENTRO, MUNDO ADELANTE

*A Miguel, mi hijo.*

Desde ciudades, parques y estaciones  
que ni mis pies conocen, ni mis ojos  
—de entre sus multitudes de otras hablas,  
y de otro andar, y de otro estarse quietas,  
de ceño y de sonrisa diferentes  
—desde estepas desiertas y remotas,  
desde costas de sol o helados mares,  
me están llamando voces, dulcemente  
envejecidas a un calor de queda  
en torno al corazón y a su memoria.

Lo mejor, lo más hondo del pasado  
más mío, el que he vivido y me ha vivido  
más desde la raíz de mi existencia,  
señales amistosas me hace, ubicuo,  
clavando banderolas en los mapas,  
bajo todos los cielos (desde un único  
cielo), desde las tierras  
todas del mundo (son todas las tierras  
sólo una tierra,  
y esa tierra es la mía,  
mi patria de hombre, universal terruño



de este hombre en carne y hueso  
que se echa a andar, de pronto,  
humanidad adentro,  
por el mundo adelante).

Mi vida misma,  
la que hasta aquí he vivido  
—y, con ella, la vida, poca o mucha,  
que por vivir me falta—,  
llamándome está a gritos  
en todas las esquinas y recodos  
del ancho mundo amigo.  
No hay rincón que no mulla  
para mí de su tibio  
plumón, que no me enjambre de recuerdos.  
Ella me lanza hacia el abierto mundo  
que pueblan mis hermanos  
los hombres, mis mellizos  
innumerables y que no conozco.  
Dondequiera que vaya, ella me empuja  
con los brazos abiertos  
hacia esos hombres  
a quienes no conozco  
y que no me conocen.  
Con los brazos abiertos,  
para estrechar en ellos,  
sin palabras inútiles  
—basta el silencio, henchido  
de reconocimiento—,  
a tantos hombres  
que como yo han gozado hasta la hartura,



hasta el sollozo,  
que como yo han sufrido  
solos y a solas,  
sin tener en su ahogo más consuelo  
que el correr, hilo a hilo, de su llanto  
por la mejilla que la fiebre cava.  
Hombres que, como yo, en su noche negra,  
han esperado,  
en brasa de esperanza consumidos,  
y el fuego que encendía sus entrañas  
antorcha les ha sido.  
Volteándola en la sombra,  
como quien hace señas,  
desesperadamente,  
de planeta a planeta,  
soñábamos.

Soñábamos

con las venas abiertas,  
con los ojos abiertos,  
hasta acercar los mundos,  
hasta acercar los cielos y las tierras,  
hasta acercar los hombres,  
hasta acercar las vidas y fundirlas.  
¡Ahora, mundos y tierras,  
un solo mundo y una tierra sola!  
Colmándolos, mi vida  
—la que hasta aquí he vivido,  
y con ella la vida, mucha o poca,  
que por vivir me falta.  
¡Y esa vida, ese hervor de mis entrañas  
que se alza, cual marea



de un mar de siglos,  
hacia el mañana eterno,  
sembrando por el cielo el vivo limo  
de todos los rincones  
del ancho mundo,  
en su estrellada cresta  
junta en latido de ansia,  
en avance de manos extendidas,  
la vida de los hijos de la tierra!

Valencia, 10 de mayo de 1937.

## UNA MUJER ESTA CANTANDO

*A Emilio R. M., hermano y compañero de etapa.*

Una mujer está cantando ahí dentro  
—cantando, entre sus cosas y quehaceres  
de cada día.

De un cuarto en otro pasa,  
reajustando con mano diligente,  
obediente a costumbre  
—esclava creadora—, el cotidiano  
panorama doméstico.

Canta y trajina, y en su azacaneo  
va levantando en torno, con el canto,  
su casa—los rincones preferidos,  
ventanas que penetra  
a una hora fija el sol, y en cuyo marco



ves la misma fachada  
de enfrente, el mismo cielo,  
la misma calle, y a los mismos niños  
jugar, cada mañana;  
y la alcoba en tinieblas  
de compartido sueño  
que al alba quiebran lloros infantiles;  
la mesa en que se parte  
el pan ganado a puño cada día...

Una mujer—una mujer, cualquiera—  
está cantando, ahí dentro.  
De la noble cantera luminosa  
del día, en su ajetreo,  
con las manos del canto  
desgaja los sillares de su casa;  
en pie los pone y juntos,  
y es, en lo alto, su cantar bandera,  
ramo de paz serena,  
de hoja perenne.

Y yo, que ya no tengo casa,  
yo, que acaso no vuelva nunca a tener hogar,  
oyendo a esa mujer que canta ahí dentro  
siento, de pronto, que mi casa  
puede ser, de hoy más, cualquier casa,  
en cualquier parte... Y rompo yo también a cantar.

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLA.

Valencia, 11 de mayo de 1937.



# FEDERACION de los Trabajadores de la Tierra

## I

Ahora estamos en guerra y no sentimos  
sino la bronca empresa de la espada.  
Pero vendrá la paz.  
Los pueblos hallaremos  
en lamentables ruinas angustiosas  
pero sabiendo a paz y merecida.

A los hoy duros campos de batalla,  
libres ya de enemigo,  
libres ya de extranjero,  
volverán sus antiguos habitantes,  
los graves campesinos hoy soldados,  
los hombres de la tierra  
que tan amargamente la cuidaban  
y tan valientemente defendieron.

Suspirarán las madres.  
Se rendirá en los pueblos homenaje,  
solemnes ceremonias funerales,  
a los héroes caídos.  
Las dulcísimas novias  
viudas ya de la gloria;  
las dolientes hermanas afligidas,  
los huérfanos del triunfo inolvidable,  
desfilarán humilde y llanamente.



Dichosos los que puedan para entonces  
retornar al trabajo.

Gobernarán sus manos los terrenos  
recién reconquistados con su sangre  
y, suyos, poco a poco, los sembrados,  
crecerán amorosos y distintos.

Aquí nacerá trigo, allá centeno.  
Producirán espesas estas tierras  
la cebada caliente  
y estas otras umbrías  
donde la hierba fresca sin esfuerzo  
cubre abundantes prados  
sentirán acercarse los alientos  
de los mansos becerros inocentes,  
de los tiernos potrillos juguetones.

Los hatos de ganado, poco a poco,  
se irán multiplicando.  
También crecerán hombres lentamente  
distintos y más puros  
que a la sombra de un bosque, en su faena,  
su reposo pausado,  
entre un ligero viento que refresca  
las fatigadas sienes  
bendecirán los muertos de esta guerra.

Son ellos su destino.  
Las fincas repartidas libremente,  
las enteras cosechas recogidas  
sin tributo de dura servidumbre,  
de acatamiento al bárbaro extranjero,  
nacerán de la tierra  
que levemente cubre su reposo.



Florecerán sus cuerpos amapolas,  
repetirán su nombre los arroyos  
y el trigo dará un pan sabiendo a gloria  
de la gloria que nace de sus huesos.

## II

¡Ay tiempos venideros!  
¡Ay campos españoles!  
Los graves labradores castellanos  
no calzarán más tiempo las abarcas  
ni sentirán ceñida su cintura  
por las calientes fajas de merino,  
en ajeno provecho.

Su triste soledad ensimismada  
no permanecerá junto a la lumbre  
de los largos inviernos,  
ceñuda, concentrada, oscurecida.  
Otros serán sus fines.  
Serán suyos los campos  
y, con ellos, la crecida cosecha.

Las nieves de la sierra  
y el silencio de largos temporales;  
el paso melancólico de grullas  
por cielos emplomados,  
no será por más tiempo cruel mensaje  
de miseria invernal humedecida.

¡Ay tiempos venideros!  
¡Ay dulcísima patria!  
¡Ay campos liberados!  
La pálida discordia  
no triunfará ya más sobre vosotros.



Cesarán los sollozos.  
Y a los muertos en guerra  
sucederán, eternos, en los pueblos,  
los hombres en trabajo:  
la lenta perfección que sólo alcanza  
la humilde libertad trabajadora  
descansará en los hombres convirtiendo  
su fatiga en reposo.

Otras serán las manos  
que podarán las viñas andaluzas;  
otras, las que recojan  
del olivar humilde la cosecha.  
Serán distintos hombres los que gocen  
las manzanas de Asturias,  
los apretados frutos de Galicia,  
los lacustres arroces levantinos.

Serán distintos ojos los que aguarden,  
por campos de Castilla,  
con impaciencia dulce a la cigüeña  
primaveral y exacta:  
su presencia en las torres conmemora  
la blanda pesadumbre de la espiga,  
su dorada promesa.

Será distinto todo  
pero todo lo mismo:  
el pueblo que trabaja sus terrenos,  
estos mismos terrenos,  
con vigorosos bueyes renovados  
que son los mismos bueyes.  
Los arados de encina  
de los mismos talados encinares  
y los trojes de paja,



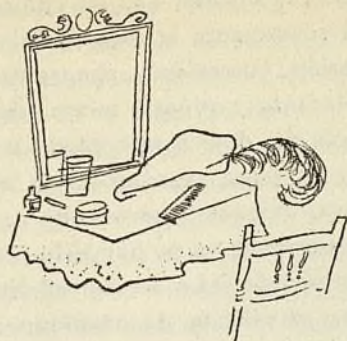
los relucientes peces de cosecha,  
sobre las mismas eras aventados.

La voz de los gañanes afligidos,  
con la misma congoja,  
se alzar  espesamente con canciones  
de crepúsculo tierno y sudoroso,  
levantar  su triste maravilla  
de un mismo amor dolido hacia los cielos,  
de idéntico dolor pero más alto,  
de idéntico sufrir pero más hondo.

Los obreros manuales de la tierra  
perpetuamente sufren.  
También perpetuamente se renuevan  
los campos florecidos,  
las manadas de toros.  
También perpetuamente vive el cielo  
y eternamente puro se mantiene.

ARTURO SERRANO PLAJA.





# EL DESORIENTADO \*

(GLOSA, DITIRAMBO Y VEJAMEN  
DE UN NUEVO D. JUAN APOCRIFO)

(DEL DIARIO DE D. JUAN. 15 DE JUNIO)

He estado a pique de atrapar, intelectualmente, una pulmonía. Sí, sí; intelectualmente; por enfriamiento psíquico y a consecuencia de una ducha de imágenes. ¡Es tan tentador, y tan arriesgado, jugar con las imágenes! Sobre todo, con las que constipan. El trance es chusco. Pero lo narro con toda puntualidad. Esta puntualidad no es regodeo de ufana inverecundia; ni palidonia humilde de pecador contrito. No asume ninguna de estas dos formas de la ostentación. La recantación, más que reconocimiento y pesadumbre del pecado, es técnica remisoria, lustral, a que se acoge el culpable: exoneración de la culpa; interesado y aflictivo alarde de humildad. La exhibición jactanciosa del propio error es pusilánime añagaza, menesteroso y alharaquiento ardid del réprobo sin carácter. Y no viril afirmación de un hecho que se reputa ilícito. En el escándalo se denuncia la flaqueza del escandaloso, incapaz

\* Del libro inédito del mismo título. En el segundo número de «Madrid», Revista de la Casa de la Cultura, se publicaron ya tres fragmentos de esta novela.



de cargar, señero, esto es, a solas, con su culpa. El pecador medroso trata de involucrar alardosamente la esencia del pecado; sus bravatas son súplicas de adhesión; necesidad, panurguista, de cómplices, de adeptos; ansia, *vergonzante y procaz*, mixta, de proselitismo... Pero, ¿adónde voy? En veces me dejo a merced de la pluma. Mi puntualidad en este relato no es, pues, pesadumbre ni alarde, sino sencilla y simplemente mi manera, exigente, morosa, de narrar. Todo está en el detalle. Si un matiz se escabulle ya no hay todo perfecto. El que detalla, talla; mutila el que prescinde. ¿Lo accesorio? No hay nada accesorio. Hay lo superfluo, que es piltrafa de añadidura: lo supernumerario. En la vida, y en su trasunto, el arte, no existen soluciones de continuidad. Un cíclope con dos ojos no es un cíclope. Pero un cíclope sin uñas no es cíclope cabal. Mutilado así, el cíclope no llega a pigmeo. Es más grande un pigmeo enterizo que un cíclope eunuco. De ahí que yo conceda importancia suma, y autónoma dignidad, a las partes. Las partes lo son todo; son el todo. No hay conjunto sin partes. Para que se logre el conjunto han de estar todas, y enteras, las partes. Lo exige natura. El toque o busilis de toda viable y eficiente concepción está en el feliz acoplamiento o idónea conjunción de las partes. De suerte que yo, cuando escribo, no me resuelvo a prescindir de un solo átomo esencial, por muy humilde y sin relieve que se me antojé. Y no pecho de prolijo, pues una síntesis perfecta ha de ser jerárquica emulsión de los ingredientes todos del análisis. La jerarquía salva del caos babélico. Y un analítico sagaz no manipula con simples inertes o supernumerarios. En entrambas técnicas—análisis y síntesis—, cuando las utilizo, están todos los elementos que son, y son todos los que están. Abordo, pues, tras este preámbulo, la narración de mi ducha de imágenes. ¡Hidroterapia pintoresca! Antes de todo, conste que hoy, 15 de junio, se ha soportado en Madrid, a la luz meridiana, un anticipo de canícula. Minutos después de las doce, en *Pidoux*, hallándome bajo un toldo y a la vera de unos aeronautas, me sentí indispuerto. Quien refresca a la sombra de un toldo, y en compañía de aeronautas de uniforme, está a dos jemes de sentir el vértigo del monoplano. Pues bien: una jamona peripatética, muy en sus carnes, que sonreía con pestañas apócrifas, de *rimmel*, desde un rostro enjalbegado, y que sorbía en



breves y cautos buches un oneroso «Príncipe de Gales»—*cock-tail* suntuario y de impropiedad pareja a la de su traje «humo de Londres»—se sintió lírica, y, entornando su *rimmel* y retrepándose oblicuamente hacia mí, dijo: «Madrid es un Etna de asfalto». En tal sazón, y con sólo oírla, sentí un peso desagradabilísimo en las plantas de los pies, como si llevase medias suelas de ese hediondo betún, o jesuítico aglutinante, que, según una grácil e intelectual comadrona, ex edil de esta villa, está hecho con meconio de munícipes natos, mugre de concejal y sangre de contribuyente. Por fortuna, la cosa no llegó al deliquio, como se dice poéticamente del desmayo o síncope. Me recobré y sobrepuise como un hombre. Sin embargo, la peripatética, solícita, me asperjó o espurreó con su *cock-tail*; los aeronautas, pródigos, me dieron de lo suyo; esto es, aire. Y el camarero se apresuró a cobrar el importe de mi aperitivo. En suma, que me rehice, húmedo de gratitud por la extremosa dadivosidad de mi prójimo.

Un taxímetro me condujo a casa. Una vez allí, yanté como un adalid del medioevo: bárbaramente. Y me dispuse a dormir la siesta. Mas no en mi dormitorio, como de costumbre, sino en «el saloncito al norte». Porque la ventana de ese saloncito da al norte. Con exactitud de brújula, el termómetro—molusco de cristal, cabe el cristal y al socaire verde y fresco de la persiana—lo dice: registra siempre dos grados menos que el de mi dormitorio, al mediodía, y que los que jalonan el resto de la casa, igualmente orientados.

A las dos de la tarde, el saloncito al norte era un horno. Por las rendijas de la ventana introducíanse hilos de lumbre. La penumbra se me antojó palpable, de cenizas calientes. Un cáncer de lujuria o un cingulo de fuego, a elegir. «Entrañas de morena», balbuceé, sintiendo cómo se me ceñía la tarde. La atmósfera, tangible, granujienta, con polvo torrefacto e incandescente en suspensión, producía escozor en las fosas nasales y en los ojos, hacíase lodo—lodo sutilísimo—en la lengua y el paladar, y rechinaba, como lija, en las coyunturas de los molares, provocando calofríos, espasmódicos tics y dentera. Había también en el ambiente esa pegajosidad hostil, que es nuncio de la lluvia en la canícula y mador de los trópicos: un como rencor soporífero. 37 grados. Temperatura humana, límite de la euforia. Pero atmos-



féricamente... Y el resto de la casa no se contenía en esta *benignidad* térmica. Era, pues, un refugio u oasis el saloncito al norte. Por ende, instalé allí mi murria desmadejada, lienta, desidiosa, ahíta. ¡Por los dioses! Mi galbana se azorró, oblicua, y de media anqueta, en el primoroso canapé Luis XV, que danza, estático, un grácil minué, en el testero al norte de este saloncito.

Son casi melódicas las líneas de este canapé. Casi melódicas. Despiden un hálito musical. Pero el espíritu del mueble es capcioso: sus curvas gráciles encierran un ánima femenina. Para andar por casa, le he puesto un mote diplomático: *Patas tuertas*. No olvido que está hecho al protocolo. Por otra parte, su autenticidad corre parejas con la infalibilidad del Papa. Este parangón, impecable, quizá me escandalice y me provoque calofríos religiosos y ortodoxas angustias el día de mañana, cuando yo abjure, en el ciclo austero de la arterioesclerosis, los extravíos de mi mocedad. Entonces, tal vez lo repunte como desentonada reticencia de mal gusto y de hereticidad vitanda, emitida, aviesamente, con peyorativa y bilateral intención de humorístico menosprecio. Sin embargo, me consta que tal maridaje retórico se produjo con sujeción a las exigencias de la más irreprochable buena fe. En efecto, la yuxtaposición—erudita y desinteresada—de los atributos—autenticidad e infalibilidad—citados, sobrevino, de manera espontánea y dichosa, en el alma de un técnico. ¡Ah! De un técnico. Esto es, de un individuo docto en chamarilería y ducho en letras sacras, que exaltó de manera suprema, como experto, la jerarquía de un mueble, con lo que no hizo sino reconocer, cual católico, la virtud de la infalibilidad que asiste, *ex-cathedra*, a Su Santidad, Nuestro Padre. Por otro lado, yo ya sé a qué atenerme a propósito del canapé. El canapé es auténtico, como producto de una fábrica española de mucho prestigio, que aborrece y execra todo fraude anacrónico, y que sólo produce muebles auténticos y de la mejor época. Pues en este canapé—que es alivio y caricia de nalgas considerables y de mucho cumplido, y en el que mis ojos distinguen, o adivinan, huellas o remembranzas redondas, glúteas, de feminidades de excepción—senté yo, y descansé luego, mi *indolente tesitura*, a la zaga de una tregua de alivio. Y lo hice filosofando y transpirando simultáneamente, como cumple a intelectual soñoliento



y con repleción gástrica. Pero no supe dormir primorosamente, como era debido, la preciosidad y lujo de siesta tan exquisita. Antes al contrario, llegué a descaramme con el canapé y me pesa. De puro quebradizo y muelle ¿no será sensible? Lo zaherí con una triple injuria despectiva. «Eres insinuante, incómodo y estrecho, como una mujer»—le dije—. ¡Señor! Aún me abochorna la saña soez y ronquecina con que escupí el ultraje. Porque, al lado de tal canapé, la fémina más exquisita parece un basilisco. Y no hay hipérbole en esta frase, que me suena como un piropo, o madrigal entusiasta, a la mujer). El tiempo se escurría remisamente. 38 grados. No había moscas auténticas en torno; pero yo presentía un jabardillo o red de tan enojosos insectos. El ventilador, traslapado por una pantalla de papel, contrahacía el hervoroso aletear de los terribles dípteros. (Alitas trémulas, al tornasol; trompas voraces). Comenzó a afligirme la sed. Buches acedidos—de hiel y vinagre—me subían a la boca. A lo largo de la faringe sentí el cauterio de la pirosis. El ácido clorhídrico, que es el aguafuerte del estómago, me mordía con escozor de úlcera. Sentía la necesidad—inaplazable—de beber en abundancia, y, sincrónicamente, la imposibilidad psicofísica de mover los brazos y de soliviarme; de articular un grito. Sólo acertaba al esquiarme en copiosos bostezos. Ensayé, como pude, degluciones de saliva, y mi glotis chascó, enjuta y estridente, en tan pueriles simulacros. Sentía la tensión, clásica, de mis cuerdas vocales y el horror de que se me rompiesen, al chillar, en trozos de afonía. «¡Una gota de agua! Impetración inútil. El sudor, profuso, fluía de mi epidermis con viscosidad de escarnio. Las glándulas sudoríparas son harto más generosas y fecundas que las salivales. Empapado de humedad, enloquecía en un delirio seco de ansias húmedas. La sed y el sopor de la siesta, inconciliables, urdían y atizaban un grotesco conflicto. De una parte la sed, que es ambición rabiosa, perentorio deseo; orgánica exigencia. De otra..., la lasitud, el copos, que es dejación, renuncia; testigo negligente. ¡Señor! Desde mi lecho de Procusto distinguí el timbre. ¡La vara de Moisés! A dos pasos, escasos, de mi suplicio. ¡Oh! El timbre *podía anegarme* en un torrente, frío, de felicidad. Por fin, alargué el brazo, y en el codo me brincó la algestesis eléctrica de un calambre. Intensísimo y fugaz dolor de viu-



do. Desistí en el acto. Sentíame incapaz de someterme de nuevo a semejante tortura. La intensidad del dolor es algo que no soporta mi hiperestesia. A poco quedé a merced de una como delirante modorra sahariana. Pero me sobrepuse y acudí a mi fantasía. Perezosamente, y sin esfuerzo físico, podía avenirme con la sed de mi fiebre. ¡Señor! El poeta, ¿no es todopoderoso? En lo subjetivo, ¿no es todopoderoso? Concebí, *ipso facto*, una ocurrente estratagema. Mi penuria de recursos es penuria objetiva. Entiéndase: de recursos económicos. Por lo demás, soy hombre de múltiples recursos. Utilicé la ingeniosa estratagema. Y una neblina misericorde, comenzó a condensarse, como liento alivio o nube de promisión, sobre mi agobio. En lo subjetivo—sólo en lo subjetivo, ¡ay, ay!—el poeta es todo pudiente. ¡Vaya! Primeramente, pronuncié y paladeé; por lo remiso, como goloso que invisca el confite dilecto, un nombre legendario, y exótico: *Gambrinus*. Este nombre comenzó a henchirme de burbujas trémulas, de oro hialino, y me amargó gratamente en el paladar como el lúpulo. He aquí el origen del milagro. De *Gambrinus*, de este nombre convexo y con dolaje, surgió, como un fuste de espuma, la espiritual maravilla, el soliloquio tácito y refrigerante. La evocación, enjuta en un principio, trocóse en regalada y morosa aparítmesis; en enumeración frutiva de calidades, aspectos, panoramas, situaciones, abstracciones, relaciones, matices y hallazgos desalterantes. Abierta la espita, el tonel de *Gambri-nus*—magnífico y munífico—, logró conseguirme una facticia saciedad. He aquí a la letra—a la letra que reproduce mi memoria—el refrigerador monólogo antedicho: «*Gambrinus*. Alemanes. Barrigas de alemanes. *Pretzels* (u ochos de pasta corruscosa).  $8 \times 8 + 5$  kilogramos de salchicha lipotrófica = 69 litros de cerveza. Hidatismo ventral. Lo de dentro fluctúa con todas sus *delicadezas*, ambarinamente. Tinajas o aljibes. Eter etílico. Muchachitas trasudadas y ligeras de ropa. Lechugas. Alcohol de 90 grados. Mondas del pepino y de la patata. Grillo con hojas verdes, al sereno. Perejil y rábanos. Rábanos con pregón de «Parroquiana... rabanitos». Agua de colonia cítrica. Alcanfor. Sándalo. Dentífricos de menta. Baldosines húmedos (cuando la fiebre, atáxica, se tira del lecho, bajo su joroba de insomnios y se refresca las plantas desnudas, tras el botijo a la fresca, sobre el amanecer). Brocal y vaho



del pozo. Pradera. Musgo. Césped. Descote y brazos de jamona, en los jardines, al socaire de un guarda dormido. Pétalos de rosa. Lóbulos grosezuelos de orejas cándidas. Amanecida en la Pradera de San Isidro. Carretas con algas por los senderuelos de la costa. Levante salobre. Batistas blancas, con mujeres dentro. Luna de otoño sobre el río. Barrancos por la noche. Idilio al relente. *Nevada* con modistas, al corro, en el Retiro. Manar recóndito, en la umbría, del fontanar humilde. Epitalamio ríspido, gatuno, con escarcha sobre las tejas de enero. Dentaduras postizas. Insinuación álgida—repeluzno algopasmo—de la fiebre palúdica. Persianas verdes. Musgos de la ribera. Horchaterías. Libélulas y chufas. Vaporizar. Evaporarse. Poros. Veleta de torre, acerico del viento. Agujas de viento sutil. Estampa del Generalife. Lagar. Lago. Luna. Loza. Pozo. Rosas y mosto en hielo. Omar-al Khayyam. Barro. Búcaro. Verbena a la luna de las sandías. Rajas risueñas de sandía. Jardines al crepúsculo, con rúbricas o sierpes de vidrio, cuando el jardinero aguadaña cristalinamente las espigas violetas del atardecer. Manos de enamorada ilícita (con la sombra de un él—¡ay!—legítimo) en la cita primera, al sereno: toda de dedos huéspedes. Lilas de abril, primicias del rocío. Caricia etérea del mármol en el interior de las catedrales. Agua espiritual con burbujas de anhídrido carbónico: seltz, soda, Vichy, etc... Estanques con estrellas y remojón promiscuo. Axila de *sportwoman*. Acuarios. Piscinas con sirenas en remojo. Higos en la higuera, chorreando madrugada. Madrugón en el huerto. Pulpa de chirimoya. Hule y meaditas trasnochadas en el hule de la cuna infantil. Niño muerto: sienes de niño muerto. Fécula de patata o polvitos de talco en las ingles sahornadas del nene. Techumbre llovediza. Relejes anegados, con seroja lacia. Pradizuelo lloviznoso. Orbay o matinal. Pedrezuelas amigdáleas, transparentes, en el lecho del río. Carámbano. Glaciar. Témpano. *Iceberg*. Artico. Polar. Ráfagas. Cúspide. Sólido. Líquido. Ventisca. Nevasca. Chasco. Cementerio a la luna. Lápidas. Hojas caídas. Filo del otoño. Nieve de Belén, facticia, cuando nace, allá para diciembre, el Salvador del Mundo. Nostalgias vespertinas. Novia muerta. Añoranza en frío del primer desengaño. Pupilas azules. Mirar liento, menesteroso, triste, de los niños sin madre. Ojos de gato y lamparillas en la noche de ánimas. Tañidos fúnebres. Doblar,



espeso y lagrimable, a difuntos, en el amanecer. Sonetos parnaseanos. Sesión espiritista. Mediumnidad cataleptoide. Espectros de Amiel y de Stuart Mill. Larvas fluídicas. Orugas. Caracoles. Hocico de can. Genuflexión y brinco parabólico de rana en la acequia. Unción, higrodermia y viscosidad jesuíticas. Piel de lagarto. Interior lúgubre, de Maetherlinck, cuando ronda la intrusa. Besos amorfos, húmedos, de la mujer legítima...»

Si mal no recuerdo, al llegar a este punto, a estos puntos, hube de interrumpirme con tiritaina de congoja. Me sacudían la médula viscosos repeluznos. Sentí un asco yerto, inefable. Respiraba con dificultad. Debía de tener incluso exudados en la pleura. Glo, glo, glo. Me sonaba a serosidad que fluctúa el vértice del pulmón derecho. Eran un puro brinco mis arterias radiales. ¿Fiebre? Sentíame arrecido. El agua—la idea del agua—me producía conatos de vómito. ¿Utilizaría de nuevo, e inversamente, la eficaz estratagema? «Una enunciación llamativa y caliente de estampas tórridas—pensé—podría caldearme y soliviantar esta ausencia de sed, que más que la sed me tortura». Quedé irresoluto. Pero, esta vez, acudí empíricamente, al timbre. «¡A ver, Jerónima, una taza de flor de malva, que me escalde!». Trasegar la infusión de flor de malva puede muy bien constituir un placer malsano, enfermizo, de índole masoquista, como aplicarse cantáridas en la entrepierna. En uno y otro caso se reacciona *escocidamente*. Entrambas terapéuticas combaten, además, el dengue, y le hacen quedar a uno como un hombrequito. Apenqué con el brevaje. Y a costa de mi paladar y de mi faringe, me frustré una pulmonía. Por lo menos, una pulmonía. De eso estoy seguro. Pero la dolencia hizo crisis. Y en el saloncito al norte, junio y la siesta, de mancomún, volvieron por su prestigio. Otra vez el bochorno, la asfixia. 38 grados y décimas. Entonces me puse a escribir. Sigue, ahora, mientras redacto estas líneas y sudo, el aflictivo y caliginoso hervor atmosférico. El Buda criselefantino—que preside la miscelánea copia de amuletos y fetiches exóticos desperdigados sobre una repisita barroca y con haldas, que es común baldaquino del ponderado canapé—comienza a trasudar. El adorable ombligo—una gota de asiática esperma—parece derretirse. No hay hipérbole. Es más: hasta las cuatro mayólicas de Palissy que, a la altura del zócalo, y a



manera de puntos cardinales, exornan las paredes y orientan la estancia; hasta las cuatro mayólicas, habituadas por su nacimiento a temperaturas extremas, pierden a ojos vistas la insólita brillantez de su esmalte.

El arte puro, exquisito, por sí sólo no refrigera. Esta verdad se me cuaja en la comisura de los labios, como el lentor altífico y me cosquillea el músculo risorio, de suerte que mi boca, a mi pesar, se ríe. Pero se ríe excilulosamente, como respira, en una taquiapnea de can en cánicula o de asmático en crisis. Sin embargo, la belleza, el primor, y aun la comodidad, me circuye. Pero la belleza, como la mujer, no existe por sí: hay que fruirla para que se logre. Y yo, ahora, doliente, enfebrecido y como vejado por mi epidermis halitosa, sólo es fácil que me columpie a la altura de los Diospuros, por sobre la anécdota de los tapices, en busca de una suspensión señera y horra de contactos, sin parar mientes en los muchos primores que me circundan, y que a las veces me enhechizan y absortan, mas de los que en esta sazón huye, como inmundo, mi cuerpo, creyéndose incapaz e indigno de gozarlo. De esta suerte, me sitúo con huraña y a merced de mi bochorno al margen del Eurotas y de espaldas al divino episodio que mi humor reputa de terriblemente poético para una siesta. Con 38 grados, y en ellos, a la sombra, no se concibe el deliquio—voluptuoso, pero exquisitamente puro—de la mujer de Tíndaro; halla más disculpa, y se me antoja más humana, jocunda y divertida la bestialidad de Pasífae. Leda pudo ser una clorótica delicuescente, cursi; Pasífae encarnó el arquetipo de la mujer de armas tomar. El cuello del cisne quizás sería, rubenianamente, una interrogación; lo del papá de Minotauro fué una afirmación robustísima...

JUAN JOSE DOMENCHINA

Madrid, 1929.



# *Nube temporal*

## *I*

*Arráncame el presente doloroso,  
dame el otoño de mi sufrimiento,  
vendavales venid, vuelen las horas  
no en lenta soledad sino en concierto,  
simultáneas, oscuras, todo un año,  
entre el sol y la vida, nube, en medio,  
mientras España se desangra y llora  
como una madre se desangra al serlo.*

*El adversario crimen no se borra,  
ay, se ilumina más con nuestro ejemplo.  
Horas volad, aquí tenéis los nidos  
en cada corazón, en cada pecho  
cada segundo de mortal angustia  
clave su dardo y se despeje el cielo.  
El dolor exterior entenebrece,  
el que se oculta enciende el pensamiento.*



## II

## EL MARTIR

*Edificó sus principios,  
coronó sus ideales,  
crecieron fechas gloriosas  
en el espacioso aire,  
un mundo de fantasía  
vigilaban sus afanes,  
altas torres en las cumbres,  
anchos ríos en los valles.  
No destruyeron su mundo  
no borrarón su paisaje.  
Desde las altas montañas  
de su pensamiento grave  
bajó su muerte. Murió  
por lo que mueren los mártires.*

## III

## EL HEROE

*Clavada en el escudo de la historia  
en la defensa negra del pasado  
como una larga flecha está el camino  
de la primera infancia de su vida.*



*Vuelta la vista atrás sólo contempla  
entre la doble hilera de los árboles  
la infértil cinta blanca, cauce humano  
del caudal de sus hechos y pasiones.  
No quiero lamentar las infantiles  
tinieblas anteriores fabulosas,  
hoy prefiero cantarle su futuro  
ese horizonte en que se multiplica.  
Destellos de esperanza que definen  
el círculo vital ante el que muere,  
padre de multitudes caudalosas.  
Por las ramas diversas que conducen  
a esa copa tendida que es su cielo  
discurrirán los hijos de su sangre  
espejos de su misma fortaleza.*

#### IV

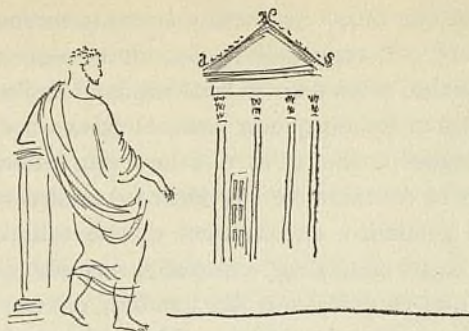
*Delante del nacimiento  
como detrás de la muerte  
hay un precipicio negro  
tan silencioso y oscuro  
tan profundo y tan extenso  
como el amor que se sueña  
cuando se quieren dos cuerpos.*



*En el primitivo abismo  
al borde del doble beso  
los cabellos del olvido  
en catarata de invierno  
blancuras dan a la noche  
con espumas y silencios.  
La vida siempre está en alto  
su única luz es el tiempo,  
la oscuridad donde brilla:  
mar infinito y eterno.  
Y cuando la muerte apaga  
la línea de sus destellos  
un acantilado opone  
su alto muro al mar inmenso,  
pero si fugaces son  
estos astros en el cielo  
permanecen sus heridas  
en el lago del recuerdo.  
En este luto de España  
¡qué lujoso firmamento!*

MANUEL ALTOLAGUIRRE.





# MARCO AURELIO,

## O LA EXAGERACION

Πόλις καὶ πατρίς ὡς μὲν Ἀντωνίνῳ μοι  
ἢ Ῥώμῃ, ὡς δὲ ἀνθρώπῳ ὁ κόσμος.

### I

#### CIUDADANO DEL MUNDO

«Mi ciudad y mi patria, como Antonino, es Roma, pero como hombre, el mundo». Esto decía, con tan clara brevedad, Marco Aurelio, emperador romano, en el libro VI de los que escribió para sí mismo. Y en esa frase nos dejó, sencillamente, uno de los problemas más graves de la historia, en el cual nos encontramos penosa, angustiosamente sumidos al cabo de dieciocho siglos y de tantas cosas. Marco Aurelio, filósofo estoico, nos mostró una distensión entre dos *ciudades*, a las que se sentía pertenecer al mismo tiempo; es decir, que no se encontraba enteramente a gusto o, lo que es igual, que estaba en una época indecisa y de profunda alteración. Hay un momento en el mundo antiguo en que la ciudad resulta pequeña; mejor dicho, en que no se la siente como única y necesaria. Atenas, Tebas, Alejandría, Roma... ¿Qué más da? Tanto viene a significar ser ciudadano de una como de



otra; no es nada que afecte al hombre en su naturaleza, sino que es el resultado del azar y la convención; por tanto, algo sin demasiada importancia. El hombre estoico no se hace solidario de la ciudad en que ha nacido con la misma fe con que lo hacía el griego o el romano de unas cuantas generaciones antes. ¿Por qué hay esta diferencia?

Si atendemos al contexto en que Marco Aurelio escribe la frase que hemos citado al comienzo, encontramos que se refiere a su naturaleza, definida como λογική καὶ πολιτική, es decir, racional y social. Se atiende, pues, sólo a lo que es definición del hombre, dentro del marco de las ideas del tiempo; en este sentido, en efecto, el mundo entero es patria del hombre. Pero, ¿es esto lo que en verdad se quiere decir? Adviértase que, si así la entendemos, la frase de Marco Aurelio podría haber sido pronunciada por cualquier hombre en cualquier época. ¿Es esto cierto? ¿Hasta qué punto tiene sentido histórico?

Los estoicos no se limitan a pensar en una cierta comunidad de los hombres, por el hecho de serlo; van más allá, hasta la afirmación de un cosmopolitismo: el estoico es, nada menos, *ciudadano del mundo*. Pero esto ya es otra cosa; significa que se siente a todos los hombres en una unidad tal, que se es compatriota de todos, que se encuentra uno, en cualquier parte, como en su casa, no extraño y forastero. Y esto sí que se empieza a pensar en una fecha determinada, y no antes. ¿Por qué es así? Por la misma época, se dicen en el mundo cosas que pueden parecer semejantes; me refiero al cristianismo, que afirma del modo más explícito la fraternidad de los hombres todos, sin distinguir al griego del romano o del judío o del escita, ni al esclavo del libre. Pero el sentido de esta fraternidad es absolutamente distinto del que tiene el cosmopolitismo estoico. La unidad tiene que tener un fundamento, un principio; la hermandad viene fundada siempre en una paternidad común. Y así ocurre, literalmente, en el cristianismo: los hombres son hermanos porque son, todos, hijos de Dios. Por esta única razón elemental; con lo cual queda dicho que para nada se trata de un hecho histórico, sino de la verdad sobrenatural del hombre; los hombres son hermanos, repito, porque Dios es su padre común; son prójimos, esto es, próximos, aunque estén separados en el mundo, porque se encuentran juntos en la paternidad divina: en Dios todos somos unos. Por



eso el vínculo cristiano entre los hombres no es el de patria, ni el de raza, ni el de convivencia, sino la caridad, el amor de Dios y, por tanto, el amor a los hombres *en Dios*, es decir, en lo que los junta con nosotros y los hace prójimos nuestros, próximos a nosotros. No se trata, pues, de nada histórico, de nada que se refiera a la convivencia social de los hombres en ciudades, naciones o lo que se quiera: «*Mi reino no es de este mundo*».

Este principio de unidad falta radicalmente en el estoicismo; por consiguiente, hemos de buscar cuál es el que tiene. En primer lugar hay, como hemos visto, la apelación a la naturaleza del hombre. Pero esto no basta, porque la pura semejanza no es capaz de fundar una convivencia; los tigres son semejantes entre sí y no se sienten unidos en comunidad. Por otra parte, tan semejantes eran los hombres en tiempo de Pericles como en el siglo II, y sin embargo no se hubiera ocurrido entonces decir otro tanto. Si despojamos al hombre de todas sus determinaciones, hasta quedarnos con su nuda esencia, entonces, claro es, habremos pasado por alto todas las diferencias que puedan separar a unos de otros, pero también toda la concreción viva que pueda unirlos. Es evidente que ninguna convivencia se puede apoyar en el mero hecho de que los hombres tengan la misma naturaleza. Sin contar con que, hablando con absoluto rigor, esto resulta un tanto problemático hasta que se ponga bien en claro qué se entiende por naturaleza cuando se habla del hombre. El cosmopolitismo, si no se basa más que en eso, es completamente falso; pero no es esto sólo.

El estoicismo coincide históricamente con la larga época que asiste a la decadencia de la ciudad como unidad política. Poco a poco, se va corriendo por el mundo antiguo un sacudimiento que hace sentir como insuficiente a la ciudad; se empieza a pensar que el ciudadano de la urbe vecina no es, en verdad, un extranjero; que el haber nacido en una o en otra, en Pérgamo o en Antioquía o en Ésmirna, no es nada decisivo e infranqueable. Cada vez con más fuerza, se van sintiendo vínculos existentes entre los que antes eran totalmente extranjeros. Los muros de la ciudad oprimen, se convierten en verdadera prisión y un día se descubre que no los hay, que eran una mera convención, algo que la ley establecía, pero que no existía en la naturaleza, es decir,



para un antiguo, *de verdad*. Los viejos confines están rotos; la ciudad ya no encierra al hombre, y éste respira a pleno pulmón, asomado a la abierta llanura del planeta. Extiende los brazos, señalando a la anchura, y se siente *ciudadano del mundo*. Es el grito de libertad de Marco Aurelio.

## II

### LA EXAGERACION

Sin embargo... El hombre estoico, ¿es de verdad ciudadano del mundo? ¿Se encuentra en unidad de convivencia con todos los demás hombres? No hay más principio de unidad entre los hombres, considerados socialmente, que un quehacer común. Cuando se tiene algo que hacer con otros, se está en unidad con ellos; de otro modo, no hay tal unidad. Por eso la historia de la América precolombina es, con todo rigor, otra historia que la del viejo mundo, porque falta totalmente la comunidad, incluso la más sutil, pero decisiva, de contar unos con otros. Cuando se tiene un quehacer común con las ciudades ajenas, éstas se sienten incorporadas unas a otras, y la antigua unidad urbana queda superada. Hasta aquí, las afirmaciones estoicas no hacen más que reconocer una importante variación histórica en la estructura política y social del mundo antiguo.

Pero lo que no se comprueba históricamente es que el mundo, así, sin más restricción, forme una unidad de la cual se pueda ser ciudadano. La época estoica inaugura una nueva forma de vida colectiva, que excede de la ciudad, pero que está muy lejos de abarcar el mundo: es el imperio. Marco Aurelio se considera perteneciente a sus extremos igual que a su Roma cercana, cabeza de él. Dentro de sus límites sí que hay un quehacer común, sí que se puede hablar de *convivencia*. Fuera, ya no, y persiste, como antes de ciudad a ciudad, la extranjería. Por esto es una exageración la frase cosmopolita de Marco Aurelio.

¿Por qué se exagera? ¿Por qué no se atiende el emperador estoico a los límites ciertos y justos de su imperio? La razón es bastante sen-



cilla. Cuando hablamos del Imperio Romano, hablamos de él—no se olvide—desde nosotros, es decir, desde una lejana perspectiva histórica, a la que se muestra como una realidad cerrada y conclusa, de contorno definido; pero el caso era muy distinto cuando el imperio, propiamente, no existía, sino que se estaba haciendo. En tiempo de Marco Aurelio, incluso, había en el mundo una cosa nueva, un modo de vivir que luego resultó el imperio. Porque no hay que advertir que no nos referimos a la dignidad imperial, ni siquiera a la forma política cesárea, sino a la realidad histórica complejísima que hoy conocemos con el nombre de Imperio Romano, pero que no existía en esa forma en las mentes de sus ciudadanos del siglo II. Para el hombre griego, romano, asiático de este tiempo, lo único claro es que la ciudad ha perdido su vigencia como unidad social; límites eran para él los límites urbanos, y éstos no definen ya la convivencia; y lo que encuentra ante sí es justamente eso: la ausencia de los viejos límites, no otros nuevos en su lugar.

Una ausencia de límites; por tanto, una total indeterminación; el mundo político es más grande que antes; pero, ¿hasta dónde se extiende? Esto es lo que por lo pronto no se puede ver; es muy difícil prefigurar la unidad de convivencia que se está fraguando; lo único inmediato es que la hasta ayer vigente ha dejado de existir, no basta ya. Es el momento en que se empieza a sentir como algo caprichoso y convencional, como una traba impuesta que oprime, la unidad insuficiente en que se ha vivido hasta entonces. Lo que en ninguna manera se adivina a primera vista es la línea más lejana que va a cerrar por otra época el horizonte histórico; y se propende a creer que esa línea no existe, que es todo un espacio abierto, sin más fronteras que aquellas en que la realidad termina. Por eso, al encontrarse con que la ciudad no es ya la unidad de convivencia del hombre, no se descubren límites, sino que se cree que ya no hay ninguno, y se hace un gesto un tanto exagerado, que toma posesión del mundo entero. La nueva patria, de contornos indecisos, es resueltamente, ya de una vez, *todo*. En esto consiste la casi necesaria exageración de la mente estoica.

He dicho *casi necesaria*. Porque no es en modo alguno casual, ni se puede atribuir a torpeza de los hombres antiguos. Probablemente, sólo una época tan enormemente historizada como la nuestra es capaz



de eludir ese riesgo, y sólo se sustrae a él, como veremos, muy en parte. El proceso de exageración de la unidad de convivencia hasta confundirla con el mundo se ha repetido varias veces en la historia, tantas como esa unidad ha cambiado esencialmente. Conviene recordar, aunque sea de un modo puramente alusivo, esos otros casos paralelos.

Consideremos, en primer lugar, el Renacimiento; es el momento en que se pasa de la organización medieval, fundada en definitiva en el feudalismo, a los Estados nacionales modernos, tal como los hemos conocido nosotros, salvadas, se entiende, todas las distancias. Poco importa que la transformación sea lentísima y en el siglo XIV, por ejemplo, apenas tenga sentido hablar de feudalismo en ninguna parte; el hecho es que los Estados nacionales se constituyen como tales a fines del XV, y entonces, a pesar de todos los impulsos de diferenciación—lenguas vulgares frente al latín, sentimiento de la nacionalidad, etc.—, aparece una nueva realidad que tiende a unificar a los hombres todos, como tales: el *humanismo*. Al sentir como totalmente insuficiente la estructura feudal y sus restos, imagina el hombre quedar exento de todas las banderías y unido con todos los que lo son. A esto contribuye otro motivo de tipo distinto, que es el ensanchamiento prodigioso del mundo en esa misma centuria. Las Indias orientales y las occidentales dilatan la pupila asombrada del europeo y éste vuelve a tener al mundo por suyo. Sin embargo, todos sabemos *hoy* cuán lejos estaba de ser cierto históricamente el humanismo; la unidad de convivencia que estrenaba la edad renacentista no era la faz redonda del planeta, que el pontífice dividía con sencillez, trazando con su dedo, en un gesto casi estelar, la línea grandiosa de un meridiano: la nueva unidad social era la nación, Francia, Inglaterra, España. Nada más que esto.

Y varios siglos más tarde, a comienzos del XIX, las naciones se empiezan a quedar angostas, se van haciendo incapaces de bastar al hombre, que no se siente ya satisfecho en ellas. Como siempre ocurre en semejantes casos, se van convirtiendo en prisión, no en morada suficiente. Los problemas importantes, así como antes trascendían de la ciudad o del pequeño Estado medieval, exceden ahora de la nación. Para hacer cualquier cosa hay que salir de su recinto y contar con otras. Y vuelve a producirse un estado de espíritu parejo, y una nueva idea.



de vida colectiva se abre paso en la historia; esta vez se trata de la internacional.

«Proletarios de todos los países, uníos», exclama Marx, renovando, *mutatis mutandis*, la expresión cosmopolita de Marco Aurelio. A partir de este momento, todo—o casi todo—lo que intenta en Europa superar la nacionalidad como unidad superior de convivencia histórica va a ser internacionalismo. Las naciones no bastan, las fronteras son una traba, una imposición que dificulta e impide la plenitud de la vida moderna; en la última realidad de las cosas, hay que declararlas inexistentes; sólo las sostienen intereses viejos, en desacuerdo con la hora en que se vive. Se va a ensayar nuevamente el salto, de la unidad histórica en decadencia a la totalidad del mundo. En este ensayo estamos aún; cuanto de él se diga tiene la más viva actualidad; tenemos, de un lado, a las naciones, más erizadas, más encrespadas que nunca; del otro lado, un movimiento internacional que trata de extender una unidad distinta a los confines de la tierra entera. Esta parece ser la realidad de nuestra época; sin embargo, a reserva de intentar justificarlo en el último capítulo de estas notas, permítaseme adelantar mi creencia de que se trata aún de una nueva exageración.

### III

#### EL PODER ESPIRITUAL

Pero—se dirá—, ¿no es verdadero en cierto sentido el cosmopolitismo? ¿No hay alguna unidad que abarque a todo el mundo? Concretamente hoy, ¿no tenemos delante el hecho indiscutible de las internacionales? Así es, sin ningún género de duda. Por eso he dicho que se trata de un caso de exageración, y la exageración lo es siempre de algo que es verdad. Al cosmopolitismo, en cualquiera de sus formas, habría que hacerle dos objeciones capitales: primera, que no distingue entre una levisima unidad de tipo *parcial y abstracto* y la unidad de convivencia efectiva que puede constituir un cuerpo político o social; y segunda, que por mirar demasiado lejos a esa unidad del mundo ente-



ro, descuida o pasa por alto las unidades menores, pero más reales y eficaces, y a veces incluso las hace fracasar.

No es esto una simple presunción. Mientras en Roma se consideraban muchos *ciudadanos del mundo*, no supieron ser ciudadanos del imperio; no supieron pensar plenamente el modo nuevo de convivencia social que la época les imponía, y por eso no fueron capaces de darle forma y convertirlo en realidad viva. Por este motivo, ante todo, se hundió el imperio, y nunca llegó a funcionar de modo normal y eficiente; en rigor, fué una forma histórica fallida, y por eso, después de su caída, hay en muchos aspectos una regresión respecto de lo que el tiempo reclamaba. Una parte de la estructura más fecunda del Imperio fué recogida por la Iglesia, y otra parte por las organizaciones municipales, que hubieron de trabarse de un modo peculiar con los elementos germánicos para constituir las sociedades feudales; sería interesante, aunque ajeno a estas notas, seguir la suerte que han corrido las ideas principales en que se fundaba el Imperio Romano. El hecho es que los hombres del imperio no supieron crear su organización, o lo que es lo mismo, nunca se percataron bien de qué era aquéllo. Se quedaron en ser, según la frase de Marco Aurelio, ciudadanos de Roma o del mundo; les faltó lo intermedio, lo que era entonces lo único necesario, ser ciudadanos del imperio, y por eso éste fracasó.

Esa verdad parcial—empleando el término en su sentido más estricto—que hay siempre en el fondo del cosmopolitismo, explica de un modo positivo su aparición reiterada en el área histórica. La falta de visión de todo límite más amplio, cuando la unidad social vigente entra en decadencia, no bastaría para justificarlo; a esa ausencia del nuevo perfil se une la conciencia más o menos clara de una amplia unidad, que agrupa en algún sentido a los hombres; si no a todos, a muchos de ellos; y el cuánto no resulta fácil de determinar. Parece, pues, que la unidad superior de convivencia no es unívoca, sino que interfieren en cada momento varias, de magnitudes diferentes, y esto se nos antoja confusión.

Pero basta con una distinción en extremo sencilla para que este problema quede a una luz que permite ver claramente en él: me refiero a la vieja distinción entre poder espiritual y temporal, cuidando de no



dar a estos términos un sentido exclusivamente religioso. Augusto Comte, con esa genialidad que lo llevaba a poner el dedo en lo decisivo de las cuestiones sociales, advertía ya en un folleto de juventud, *Considérations sur le pouvoir spirituel*, publicado en 1826, que el poder espiritual es siempre capaz de comprender núcleos mucho más extensos que los poderes temporales, y sirve para preparar la unidad efectiva política de grupos distintos. Un ejemplo máximo, invocado por Comte, es el de la organización de la Edad Media. En ella tenemos un fraccionamiento múltiple, casi atomizado en la plenitud del feudalismo, del poder temporal; y a pesar de ello, toda la Europa medieval aparece unida, con una conexión muy fuerte, de tipo espiritual, y que es la comunidad cristiana. La constitución de un solo Estado europeo hubiera sido quimérica en el siglo XIII; la división política era lo único posible; y sin embargo existía una de las comunidades más vastas y efectivas que ha habido. Un europeo, que si había nacido en León era extranjero en Barcelona, en un cierto sentido, en otro se sentía en su casa lo mismo en Londres que en Colonia o en Chartres. La Universidad de París, las órdenes religiosas, el Pontificado, ante todo, eran elementos de unidad en toda Europa. Y una empresa colectiva, en que se entrelazan de modo curioso los dos poderes, son las Cruzadas; un análisis de ellas nos permitiría averiguar mucho sobre la estructura recíproca de ambos.

Pues bien, esto es lo que ocurre; el poder espiritual, sea del tipo que quiera, funda unidades parciales, en general muy amplias, que van desde el mínimo de coincidencia entre los hombres, por el hecho de serlo, hasta la cooperación intelectual, basada en la vigencia del haber científico común, o la solidaridad de clase entre los obreros. Todo eso son formas del poder espiritual, tanto como la unidad religiosa entre los fieles de una Iglesia. En aquel último caso, se suele hablar de *conciencia* de clase, y el vocablo es altamente expresivo; se trata de un vínculo de tipo mental, con el cual se cuenta, que ejerce su influjo, aparte de la situación temporal y política existente.

Por esto indicaba más arriba que el internacionalismo, entendido de un modo tajante, políticamente, era una última forma de la exageración que es tema de estas notas. Claro es que sus mismos representan-



tes tienen, cada vez más, el sentido de que esto es así. Desde el principio, encontramos ya que la frase de Marx, antes recordada, tiene un alcance bastante distinto de la de Marco Aurelio. En primer lugar, no enuncia una realidad existente, sino que señala a una meta; es una exhortación a los proletarios todos, para que se unan. Lo que no dice es que estén ya unidos, como Marco Aurelio afirmaba que su patria era el mundo. Marx tenía una formación intelectual penetrada de historicismo; no en vano dependía esencialmente de Hegel; y desde nuestro punto de vista actual se podrán hacer objeciones a la idea que Hegel tenía de la Historia, pero no se puede negar que ha sido el primero en pensarla de un modo filosófico riguroso. Por esto también busca Marx el principio de la unidad que aconseja; y este principio es el sujeto a quien se dirige: los proletarios. Marx pide una unidad fundada en algo muy concreto: el conjunto de determinaciones comunes del proletariado y, sobre todo, la *conciencia* de ellas. Poco importa que en la teoría marxista esto envuelva, a la larga, una unidad de convivencia social y temporal; el hecho es que hoy, concretamente, el marxismo es, ante todo, un poder espiritual, y de ahí le viene su mayor influjo en el mundo. El interpretarlo, de momento, en otro sentido, el creer que *todos* los países pueden constituir ya, o en un futuro próximo, una unidad política, es lo que se puede llamar exageración.

Pero además hay otra cosa. Marx hablaba de los proletarios de todos los *países*; el movimiento que arranca de él se llama *internacional*. Es decir, se empieza por reconocer la realidad existente, las nacionalidades; esto da un sentido más recto a la cuestión. Pero, ¿todas las naciones? Parece que hay diferencia entre ellas, y que no es igual la relación entre Francia e Inglaterra que entre Bélgica y Siam: en el primer caso, aparte de todo linaje de teorías, hay una comunidad casi total de temas ideológicos, de intereses, de problemas; las otras dos naciones, por muy buena voluntad que se ponga en buscarles conexión, marchan de un modo completamente autónomo. Este ejemplo nos muestra que hay un grupo de naciones entre las que existe, desde luego, una comunidad espiritual casi total, que tiende a temporalizarse al mismo tiem-



po. Este núcleo es la unidad de convivencia que habrá de suceder a las naciones nuestras, ya en declive, y tiene un nombre: Europa.

Toda Europa es ya una en sus capas más profundas, que desde luego no son la organización política de los Estados. Lo indudable es que los europeos viven juntos, a pesar, si se quiere, de sus Estados, y cualquier hecho acaecido en un lugar de Europa repercute inmediatamente sobre el conjunto: es lo que ocurre siempre en un organismo cuando algo afecta a uno de sus miembros. Y junto a esto nos encontramos con una anormalidad: los Estados totalitarios.

Digo totalitarios, y no nacionalistas, porque importa mucho más lo primero que lo segundo. Al fin y al cabo, el poder temporal de las naciones existe, y no importa demasiado; se trata, si se quiere, de una exacerbadón pasajera de la vieja estructura política: literalmente, un resto, una supervivencia. *Lo más grave es que esos Estados son totalitarios; es decir, que pretenden ser, además, poder espiritual*: esto es lo que más hondamente los define. Intentan segregar a sus pueblos respectivos de la comunidad espiritual europea, que tiene ya, en estos mismos años, plena realidad. Con un derecho, una religión nacional, una raza, con cualquier cosa pretenden suplantarlo el bien común de los europeos y aislar a sus pueblos de la unidad en que viven, en que vivían ya hace bastante tiempo. Por eso se trata de una pura anormalidad histórica.

Queda delante, un tanto desamparada, Europa. No olvidemos que puede ocurrirle lo que le sucedió al Imperio Romano, y fracasar sin alcanzar su verdadera plenitud. Entre esta anormalidad y aquella exageración, que pasa sobre ella, tan concreta y real, para buscar una quimérica unidad cósmica, Europa queda casi sola, gravemente problemática; en nuestros días se está decidiendo la suerte de una de las posibilidades más espléndidas que se han ofrecido a la vida humana. Esta es la última consecuencia de aquella clara exageración de Marco Aurelio.

JULIAN MARIAS

Madrid, junio 1937.



# SANGRE

## EN LA TIERRA

(EL CENTINELA)

Bajo el viento y la lluvia tu frente con su signo.  
Tu soledad poblada de puños encendidos.  
Tus ojos acechando, tus venas en delirio  
latiendo con el pulso insomne del destino.

Tus dos pies en la tierra que un sórdido designio  
intenta enajenar. Tus pies libres, cautivos  
de su afán indomable. ¡Clávalos en el limo  
que harás fértil un día y no cedas el sitio  
que tus plantas bautizan con el orgullo esquivo  
de su inmóvil cansancio! ¡Ya se abre el camino  
del alba entre la niebla! ¡Hay un silencio herido  
por el heroico esfuerzo con que miles de gritos  
sofocan sus clamores. Cerca de ti un gemido  
gotea su amargura y en medio del rocío  
va sembrando el dolor su simiente de lirios.  
¡Amanecer de muerte sobre los campos fríos!



Bajo el sol que aún no quema sigue tu cuerpo erguido  
y en tus manos heladas una visión de siglos  
palpita ya hecha carne. ¡Sobre el mundo en peligro  
se convierte en aurora la noche que has vencido!

(LA AMANTE)

Ahora sé que no vuelves: lo sé en mi carne muerta  
a todos los latidos que no traen tu recuerdo,  
en la inmovilidad de mis manos febriles,  
en el mudo abandono de mi sien resignada.

Lo sé tácitamente con la firme certeza  
de lo que nadie puede borrar de nuestra vida,  
con la seguridad punzante y destructora  
de lo que ningún dios hará retroceder.

Lo sé porque aún me ciñe en fervoroso abrazo  
tu cuerpo que prolonga su verdad en el mío  
para que así perdure en colmo de piedades  
su última caricia.

Lo sé: ya nadie intenta desclavar de mi pecho  
la horrible certidumbre que sin querer acuno:  
es el postrer regalo de tu amor: lo recibo  
con las palmas abiertas, iluminadamente.

También sé que vendrá un día en que tu gloria  
será la gloria pura del mundo liberado,  
un día en que tu sangre derramada en secreto  
recogerá la mies de su don decisivo.



Sin ti nada es posible y por eso te he dado  
al azar tenebroso de la lucha suprema,  
porque sé que perdiéndote ganaré para todos  
un limpio amanecer desnudo de rencores.

(EL HERIDO CIEGO)

La noche se hizo carne en tus ojos heridos.  
¡Carne de soledad! Qué angustia de caminos  
empañosados en niebla, de sonos desvaídos  
que a nada se refieren, de inútiles designios  
que tu pupila, inmóvil, no abarcará, vencidos.

¡Qué amanecer a oscuras en tierras sin sentido  
donde todo es volumen, donde el silencio mismo  
se hace duro y compacto, donde el roce más nimio  
desgarra y estremece como un inmenso grito  
de luz y primavera! — ¡Qué sombra de martirio  
en tu mirar enhiesto que cercaba al destino  
rompiendo sus contornos, destrozando sus mitos,  
dejándolo desnudo, sin farsas ni egoísmos... —

La noche para siempre, la noche con su esquivo  
y vacilante rumbo. Nada puede ya el lino  
de mis manos abiertas ni su apoyo tendido  
en el rastro borroso de tu andar indeciso.  
Nada puede mi voz contra el áspero frío  
que inundando tus ojos te aísla de lo vivo  
y te roba la gracia del paisaje encendido  
del horizonte en fiesta donde todo es camino.  
¡No te queda más ruta que la que va a ti mismo!



(PAISAJE)

¡El cielo sobre el río! ¡Qué castidad de sienes  
bañadas en la pura delicia de su abrazo!  
¡Y qué lenta embriaguez de sol y de quietudes,  
qué distancia tendida entre el odio y la paz!

Más allá de este azul que todo lo acrisola,  
de esta belleza inmune donde el pulso se inhibe  
los ávidos nudillos de la muerte despiertan  
a los que no rehuyen su atroz repiqueteo.

— ¡Despertarse sangrando del sueño de la vida,  
en otro sueño oscuro del que jamás se vuelve,  
trocar las realidades febriles de la lucha  
por un falso y estéril reposo sin victoria! —

El ágil mediodía radiante de promesas  
descubre luz a luz sus pródigos designios  
pero el eco inseguro de las voces tronchadas  
le interrumpe quebrándole, su cálida ascensión.

¡Río y cielo! Qué venda para ceñir las frentes  
y contener el soplo vital que se desliza  
camino de la nada. ¡Qué toque de milagro  
para unir el espíritu a su carne ya en fuga!

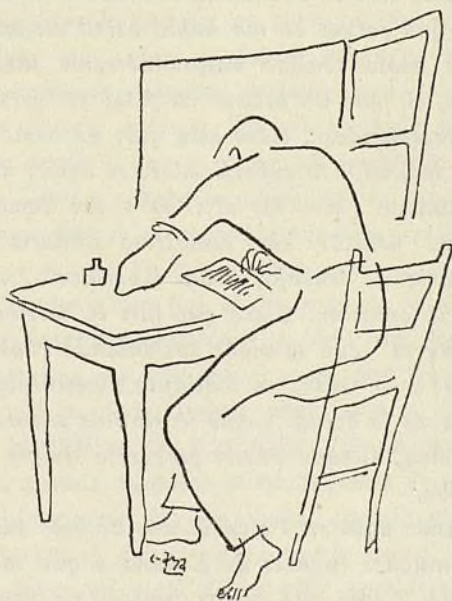
ERNESTINA DE CHAMPOURCIN.



RAMON GAYA

# CARTAS

DE J. V. A MISTRESS D. H.



## I

*Querida amiga: ¿Por qué no he tenido noticias tuyas desde hace más de un año? Supe que su hijo pasó los primeros meses de nuestra guerra en Madrid, pero le busqué inútilmente; por entonces las emba-*



jadas ya estaban en Valencia, y cuando vine a esta reverberante ciudad me enteraron de que había vuelto a Londres.

Es cierto que sobre mí pesaba el deber de escribirle sin esperar carta suya. Yo mismo me extraño de no haberlo hecho. Y le recordaba mucho, pero he de confesarle que no con esa intensidad que se necesita para dirigirse a un ausente, porque desde el principio de este horror que unas cínicas potencias nos imponen, todos hemos tenido que vivir un poco fuera de nosotros, vertidos en la total angustia española, incluso renunciados de todo lo íntimo y más propio, ya que en seguida pudimos comprender que lo que nos jugábamos no era solamente nuestra vida de hombres, sino la existencia misma de España. Le digo esto para que vea en qué forma se me había usted alejado, pero también con qué dolor le había sentido desprendérseme junto con toda esa atmósfera cerrada, sí, que un artista va fatal y necesariamente creándose, y en ella envolviéndose, claro está que, no como piensan algunas personas de mala intención o superficiales, es decir, no para establecer una diferencia humana entre los artistas y los demás hombres, sino sencillamente para utilizar esa atmósfera solitaria y distinta como taller, como estancia de trabajo, como laboratorio, como recinto imprescindible para la creación. Claro que hoy le escribo, y en realidad, la "clandestina guerra" que se viene sosteniendo contra España no ha cesado, pero es que ayer tarde, un diminuto suceso hizo que la memoria saltara por encima de lo actual y que le sintiese a usted muy próxima. Quiero contarle cómo, aunque pueda parecerle simple y hasta un poco tonto que lo escriba.

Fué contemplando aquí en Valencia uno de esos edificios que levantó Carlos III en muchos lugares de España y que tanto nos gustaron en Cádiz, en aquel Cádiz que vimos juntos, no como a una ciudad viviente, sino como si se tratara de una vieja y fina litografía; fué contemplando uno de esos cuadrados edificios tan bellos, y coincidiendo además que sobre sus muros rosa, que sobre los balcones y sobre los barandales de piedra que lo rematan se había detenido un sol ya de otoño, aunque más que detenido fugazmente parecía instalado allí para la eternidad; fué al contemplar ese mágico y fijo minuto de atardecer que usted tanto amara y gustara en mi país cuando su recuerdo



se me hizo casi corpóreo. Quizá sólo pensé primero en su obra, en aquellos paisajes nacidos de su preferencia por ese sol ya casi opaco, ruinoso y no propiamente triste, sino pensativo más bien, pero en seguida aquellos lienzos debieron convertirse en usted misma, en su misma persona, porque al llegar a mi detestable hotel yo ya creía haber charlado juntos. Por eso le escribo, o mejor, por eso no puedo dejar de escribirle en ocasión que me resulta usted casi una resucitada. Sí, no se ría. A veces tengo la impresión de que todos mis amigos que no se encuentran en España han muerto, o viven muertos.

Pero no quiero hablarle de nuestras angustias. Sepa usted únicamente que he perdido mi obra de varios años. La barriada final de San Antonio de la Florida fué de las primeras en desalojarse. No me dió tiempo a salvar mis cosas, y mucho después, cuando apenas me dijeron que precisamente aquellos edificios aislados estaban ya casi derruidos por los obuses, quise ir. En efecto, toda la parte trasera de mi casa, esa parte desde la que se veían los umbrosos y altísimos árboles de la Casa de Campo, estaba hundida totalmente. No pude recoger nada que me fuese útil o entrañable; aquellos escombros no conservaban ya la forma misma en que habían caído y eran ahora grandes moles compactas, endurecidas por el amasado de la lluvia con el yeso, del polvo con los muebles familiares; y todo tan perdido y vago que incluso cuando por una rendija casual asomaban trozos de cosas a las que yo había hecho verdaderamente mías en una larga convivencia, no las llegaba a identificar con exactitud. Llovió mucho esa tarde de mi extraña visita a unos despojos y no disponía de permiso para permanecer en zona de guerra. Me marchaba, cuando me pareció ver allí, entre cascotes, el retrato de quien ya puede usted imaginarse y que yo tenía siempre sobre mi mesa de estudio, presidiendo las horas más vivas. Me reprochará usted no haber retrocedido para cogerlo; yo también pregunto por qué no lo hice. Luego tuve la obsesión de esa tarde, y una noche soñé que el propio retrato era de lluvia, y que se borraba, que se iba embebiendo irremediabilmente en la tierra.

Después he vivido algún tiempo aquí, pero sin trabajar hondamente, ya que ocupaciones que yo creía de más eficacia y urgencia para nuestra lucha consumieron el ánimo y los días.



Mañana vuelvo a mi Brigada, que ahora camina por tierras de Aragón. Escribame allí. No deje de informarme de todo: sus hijos, su salud, su obra, sus lecturas. ¿Ha escrito ya la biografía de Constable que proyectaba usted? Hábleme también de aquella acuarelista vieja, amiga suya, tan encantadora; en el recuerdo se la quiere mucho.

Lo dejo aquí. Ya usted misma puede ver cómo aprieto mi letra y el poco papel que va quedando. No quiero tampoco coger otra cuartilla; no sabría llenarla. Y además, ¡qué lejos, qué lejos!

Perdóneme esta carta sin hilación.

J. V.

## II

Querida amiga: No esperaba tan pronto contestación y fué para mí una sorpresa muy hermosa. Ahora veo que además de ingrato he sido estúpido al no escribirle antes; hoy podría tener aquí varias de esas cartas tuyas tan acompañadoras, delicadas y vivas, que en algún momento me recuerdan un poco a Madame de Sevigné, aunque desde luego, sin la afectación de aquella exagerada madre. Todo el día de ayer pude llenar con su distante y cariñosa carta los melancólicos y solitarios minutos de los descansos.

¡Y cuán halagadora y tierna es su envidia! Dice usted que en estos momentos desearía haber nacido verdaderamente en España para sentirse dentro del mundo con toda dignidad, y también para que yo no sospechase de la exaltación que le produce mi país. Teme usted que yo vea tan sólo en sus palabras un poco de bondad y otro poco de consuelo. No, no tema, ¿me atreveré a decirle que creo mucho más en sus pasiones que en sus bondades?

Leyendo muchas veces su carta me parece descubrir en ella cierto asombro por el contenido extremadamente personal de la mía. Y aun-



que a usted le alegra y tranquiliza volver a encontrarme, después de un año de incomunicación y de lucha, con mis pasiones intactas, salvadas totalmente de la asfixiante guerra, no quiero dejar de justificarme un poco.

No, no le extrañe que después de muchos meses de vivir en angustia le hable tanto en mi primera carta de paisaje y de otoño, ni piense que lo hago por un mezquino y egoísta desentenderme de la guerra, ya que precisamente todo este interminable espacio de tiempo que llevamos en lucha, yo mismo he velado para que la conciencia no desmayara y cumpliera con su misión de no dejarme emplear fuerza alguna en aquello que podría llamarse mi vida interior. Pero pasados unos primeros instantes en el riguroso y voluntario olvido del hermético vivir personal que tanto significa para un artista, todos venimos desembocando ahora en otra etapa de mayor madurez indudablemente, de más firme resistencia y consistencia, en donde ese vivir diminuto, casi secreto y alimentado tan sólo de nuestra intransferible y gustosa sensibilidad, no queda excluido de manera sistemática, sino que vuelve, no a ocupar todo el espacio que le corresponde dentro del espíritu, pero sí a llenar una pequeña parte de nuestra renuncia de aquellos días. Sí, porque no puede usted imaginarse con qué decidido gesto rechazábamos todas las emociones que fuera de la guerra segulan hirviendo. Y así, cuando una hermosa nube, cuando una intensa rosa momentánea, cuando un bello minuto de la tarde surgían ante nosotros y tiraban de nuestros ojos sedientos, nadie cedía a esas tentaciones, a esos supervivientes encantos, porque nos habría parecido casi una traición. Volvíamos la espalda rencorosa a todo aquello que no perteneciese a la guerra o al dolor totales. Si en algún instante, rendidos de sufrir, caíamos involuntariamente dentro de un vago abandono, de un olvido fugaz, y aunque este alejamiento del horroroso presente sólo durase unos segundos, medio minuto acaso, cuando despertábamos de él nos parecía volver de una fiesta innoble, de una pausa excesiva. No, no se sonría leyendo esto como cuando le hablaba de algo que para usted era incomprensible, ni deje asomarse lágrimas, esas leves lágrimas suyas que hace años me atreví a llamar lágrimas inteligentes por lo limpias de sentimentalismo flojo, por lo justas, por lo claras. No ría ni llore—



ante algunas cosas sé que usted puede reaccionar en un sentido o en otro, según el capricho de esos pequeños músculos de la cara que tanto se independizan de nosotros mismos llegando muchas veces a provocarnos o a inventarnos sentimientos que no sentíamos—; no ría ni llore cuando nos sepa tan aturridos o ingenuos en aquellas horas primeras, tan dolientes o gloriosos, tan desnudos. Ha pasado un año. Y además, ese era nuestro puesto entonces.

Ha pasado tiempo, y como le decía, todos hemos ido asomándonos de nuevo, no propiamente a nuestra vida anterior a la guerra, ya que aquella vida está sepulta y rota para siempre; no, no es que vayamos recuperando nuestra antigua vida, sino nuestro vivir. ¿Se da usted cuenta exacta de lo que quiero decirle? Poco a poco se ve la necesidad de consultarnos continuamente el pulso y convencernos de que existimos, o lo que es más importante, de que queremos existir, de que queremos continuar existiendo. Empaparse y embriagarse excesivamente con una espesa atmósfera de guerra y sufrimiento puede parecer más generoso y también en apariencia más eficaz, pero juzgando con calma ha de revelárenos su inmediata y peligrosa consecuencia. Porque no me refiero aquí a un peligro para después de las guerras, futuro, amenazante, acechando a los hombres, no, no me refiero a ese vacío fantasma que dejan las violentas luchas en sus supervivientes, inutilizándolos, no ya para gozar la paz, sino hasta para vivirla, para llenarla y habitarla, para sufrirla inclusive, peligro muy sabido, sobre todo por usted que se encontró en París durante aquellos desquiciados días que siguieron a la Gran Guerra; no, no me refiero a ese fatal y hueco amargor, porque podría decirse que es uno de los inevitables desastres que dejan todas las batallas y uno de los ineludibles sacrificios que exigen de nosotros ya extinguidas. Yo me refiero a un peligro más directo aunque quizá más sutil, me refiero a un peligro que ataca, no al hombre solamente, sino al propio desenvolvimiento de los combates, vivo y en pie mientras éstos transcurren. Hablo del extendido empeño de crear una conciencia asomada exclusivamente al asfixiante espacio de la lucha, pensando que así hemos de estar en mejores condiciones para ejercerla y sufrirla. Olvidando que al convertir la íntima conciencia en rigurosa conciencia de batalla nos quedamos sin algo desesperadamente



imprescindible, comprometiendo así en nosotros ese mismo ser que queríamos dedicar y entregar a la guerra. No se olvide que la fuerza para el combate debe llegarnos de la vida, del amor a la vida, de la intensa decisión por conservar la vida, y no de un desdén enfermizo por lo que signifique morir. Siento que quien arranque su valor de una embriagadora costumbre, de una densa familiaridad con la muerte no ha de ser un gran soldado. No, ya no creo en esa renuncia de nuestras pasiones o expansiones que me predicara a mí mismo en los primeros tiempos, porque mientras consiguiésemos endurecernos en un ambiente de guerra y fealdad, podría suceder que se nos borrara el único sentido de nuestra pelea, es decir, que se nos borrara la vida misma. Y puesto que nosotros no acudimos al campo de batalla borrachos de pedantería militar ni aturdidos por una impuesta adoración a la guerra, sino simplemente a defender el vivir y a morir por el vivir, no pasemos un solo minuto sin comprobar que deseamos la vida y que seguimos en condiciones de movernos gozosamente en ella, cada cual a su modo.

Y dejo ya la pluma. Esta carta ha resultado excesiva para que pueda leerse con gusto.

¡Ah, cómo le envidio esos conciertos! Me alegra que se haya reconciliado con Chopín, porque si tiene cosas un poco irreflexivas, como usted dice, cuando encuentra algo verdadero que decirnos enamora como nadie.

J. V.

### III

Amiga mía: Hoy vuelvo a escribirle sin esperar que usted conteste mi carta anterior porque quiero aprovecharme de cierta tranquilidad que aquí gozamos desde hace dos fechas. Sólo de vez en vez nos llegan unos disparos sueltos, espaciados, hasta un poco pedantes.



Pues bien; estos días he proyectado una serie de cuentos que empezaré muy pronto a escribir porque se me agolpan sin descanso en la cabeza y presumo lo embrutecedor que podría ser no librarme en seguida y totalmente de ellos. ¿Le extraña mucho que yo, metido siempre en mi obra, o cuando más, escribiendo tan sólo crítica de música, me sienta impulsado hacia un tipo de creación literaria? No podría extrañarle a usted si se encontrara entre nosotros. Porque toda esa vida profunda, variada y sorprendente que sólo un Galdós o un Ramón sabían descubrir debajo de la monótona superficie española vulgar, está hoy al desnudo, al descubierto, a la intemperie. Se podría parar en la calle a tal o cual persona desconocida, de luto, de color, limpia, vieja, joven, alta, rota, y si nos atreviésemos a preguntarle por su suerte, quedaríamos estupefactos ante la desmesurada novela que encierra. Y ese hervidero novelesco que algunas veces imaginábamos percibir en un interior cualquiera, y que no siempre habría resultado real de haber podido asomar en él nuestras narices; ese vago contenido misterioso que parecía albergarse detrás de unas persianas caídas o de un ventanuco, hoy no es ya una imprecisa atmósfera entrevista, sino rezumante novela a borbotones.

Mi libro ha de componerse de algunos cuentos no muy largos, y que, cambiando cada uno de escenario y de personajes, todos encerrarán en el fondo un mismo tema o motivo. Quisiera registrar en ellos muchas de las variadas cosas que muy distintas gentes han tenido que sacrificar a la guerra, que perder en la guerra. El primero de mis cuentos se titula, por ahora, Los viejos, y se habla en él de una momificada mujeruca que veía yo en Madrid, sentada perennemente a la pueria de la casa donde parece ser que habitaba un sótano miserable, por el barrio del Rastro, pero que más que estar paralítica o enferma me dió siempre la impresión de que algo muy poderoso le había como quemado el cuerpo. Y viéndola sentada, o mejor dicho, pegada, mezclada a su silla, sólo podía pensarse en algo tan impreciso que no era ya de ningún modo una mujer, sino más bien un montón de astillas envueltas en trapos. Pero con un poco más de atención también descubríase allí, en aquello, algunos seguros vestigios de vida, de vida presente, aunque tan debilucha que apenas asomada temblábase por ella.



Toda esta parte, como puede usted imaginar, requiere una extrema y minuciosa descripción. Es absolutamente necesario conseguir de quien lea este cuento que vaya encariñándose y aproximándose de tal forma a esa consumida figura, que pueda luego comprender la grandeza de su minúsculo drama. Será necesario familiarizarle mucho con las paredes de aquel portal, con los desgastados escalones, con los vecinos que al entrar y salir rozaban el estrecho mundo de la vieja, con la silla pringosa, hasta con el descolorido almohadón que aplastara durante años.

Varios meses después de la insurrección militar esos femeninos y resecos despojos seguían como clavados en los dos únicos ladrillos del suelo que necesitaban para vivir. Por Herminia, aquella asistenta nuestra que le enviamos a usted algunas veces para que le fregara y limpiara el estudio, y que vive por esas calles que desembocan a la plaza del Progreso, supe que la vieja del portal acababa de perder a sus dos hijos, de veintiocho y veintinueve años, en los frentes de la sierra. Quise ver qué sombra o qué exaltación imprimían estas pérdidas desmesuradas en aquel ser tan inmóvil, pero nada pude descubrir: igual fijeza lisa, igual sordera en el mirar. Desde hacía muchos años pasaba allí las horas por costumbre, salía cada mañana arrastrando su sillita hasta la puerta, ahuecaba un poco el empalidecido almohadón hecho de retales de telas diferentes unidos de forma que pudieran contrastar mejor sus colores, y parecía instalarse como para un invisible negocio, pero en realidad para nada salía. La calleja era estrechuca y húmeda, húmeda de residuos, y del empedrado parecía levantarse constantemente, y hasta con cierta prestancia, la neblina de lo sucio. Por lo tanto, no tomaba el sol ni el aire. Tampoco podía decirse que miraba pasar las gentes o que le distraían los chicos que, imaginándose horneros, amasaban con el barro acumulado en las taponadas alcantarillas, aquellas tortas y panes negruzcos que luego fingían venderse los unos a los otros. No, no miraba nada de todo esto. Hoy salía porque había salido ayer, y así es como únicamente nos explicábamos que desde tan antiguo hiciese aquella monótona aparición diaria su ruinosa figura. Pasó tiempo. La artillería enemiga iba acercándose. Las gentes se desplazaban de unos barrios a otros. Por Atocha, por el Paseo del Prado,



por la Puerta del Sol veíanse carritos con muebles, unos colchones, la sartén, dos sillas, un baúl y el espejo, pero un espejo distinto, grave, dramático, un espejo que al reflejar en sus aguas aquel Madrid de guerra parecía adentrárselo apasionadamente en su fondo. Por entonces me dijo Herminia que a la petrificada viejuca la habían separado, por fin, de su lugar de siempre porque todo aquel "distrito" empezaba a ser peligroso. Un vecino "de toda la vida", alguacil del Ayuntamiento, consiguió trasladarla a un sanatorio de la provincia de C\*\*\*, y aunque Herminia no supo explicarse, parece que allí, alimentada y cuidada, se reanimó mucho, pero quizá comprendiera entonces que había perdido a sus dos hijos, quizá viera rota esa extraña inercia que la sostenía o tuvo nostalgias de aquel cercado mundo que mientras la envolvió ni siquiera parecía percibir. Murió después de tres semanas de buena alimentación y aire libre.

Con esto creo tener material suficiente. Claro que el cuento hay que escribirlo todavía. Incluso el tema general no está fijado aún, ya que quizá conviniera ir falseando algunas cosas y acentuando otras, aunque sólo quiero ser infiel a la pequeña historia auténtica en aquellos casos que la falsedad sirva para que lo verdadero se desnude y surja más claramente. Porque no estoy muy seguro de que la vieja deba aparecer como madre de los dos soldados muertos, ya que si yo pude comprobar que no murió de dolor por su terrible pérdida entrañable, sino por haber sido arrancada de un espacio tan suyo ya que era ella misma, que era arrancarla de ella misma, es decir, de algo más propio que sus mismos hijos, que era arrancarla de un aire que de puro conocerla no la desgastaba, sino que por el contrario la defendía de sus dos enemigos mayores: la vida y la muerte; en cambio, creo que si se entrega al lector este detalle, luego ha de ser muy difícil hacérselo olvidar, sobre todo con mi poca experiencia de novelista. Y no, no ha de quedar duda alguna. Ese muñeco, ese mismo muñeco que durante el transcurso de la pequeña novela nos parecía que nada podía perder de tan sepultado que estuvo en el más insensible vacío, también lo alcanza la guerra, también la guerra sabe llegar hasta su extraño escondite.

Espero que se me criticará el haber escogido un tema tan humana-



mente minúsculo. Quizá se me llegue a decir que hoy no puede interesar la historia de un personaje que apenas si conserva un insulso hilito de vida. Pero ya digo, lo espero. Diré a esas gentes que en arte no hay nada minúsculo, o mejor, que para un artista no hay pequeño ni grande, y que mi narración podrá ser muy mala quizá, pero no porque las vidas que se describan en ella no sean importantes, fuertes, heroicas o nobles. Demostraré que la pobre Madame Bovary o la Benina de "Misericordia" son figuras tan... grandiosas como en la realidad o la ficción pudieron serlo Juana de Arco, Cleopatra y Medea; argumentaré que le Père Goriot, por ejemplo, dedicado simplemente a visitar a sus hijas y entrando en las grandes casas de sus dos yernos por las más humillantes puertas, es mayor que Napoleón mismo. Y diré que el arte de tal o cual momento no nos resulta de aquella hora por estar dirigido a las gentes que vivían esa y en esa época determinada, sino por estar hecho con elementos de entonces, por haber sido formado de lo que aquellas gentes pudieran significar, es decir, que lo que hace a una obra contemporánea de sí misma no es que tuviera en su día utilidad o aceptación, sino que haya sabido perennizar y recoger su fecha. O dicho de otro modo: nuestros contemporáneos no han de ser necesariamente nuestro público, sino nuestro material.

J. V.

#### IV

Mi buena amiga: ¿Cree usted que no tengo motivos para dudar de su amistad? Pero no quiero reñirla mucho puesto que su silencio se traduce esta vez en provechoso trabajo. Las dos últimas semanas estuve muy solo, y he necesitado de usted verdaderamente. Pero, ¡si aún no se lo he dicho! Es que hace dieciséis mañanas con sus dieciséis tardes y sus dieciséis noches que estoy aquí en el hospital. Me hirieron en un brazo cuando salía, por descuido, a un lugar que no necesitaba salir,



ya que mi puesto no es apenas peligroso. Pero le aseguro que ya casi me encuentro bien.

Hoy pasé un día bastante bueno. Estoy en una sala de heridos poco graves, pero aun así, me avergüenzo un poco de mi herida, ya que posiblemente algunos están ahora en esas camas a consecuencia de un verdadero heroísmo. El hospital me resulta simpático; ha sido convento y aún conserva ese olor a humedad caliente que desde niño me escalofría y me atrae. Mi cama está frente a un ventanuco pequeñito, pero suficiente para mostrarme un fragmento del gran ciprés que hay en el patio. En el techo, pintadas por una mano muy vulgar, hay dos coronas: una de flores y otra de espinas, en las que entrelazo y prendo ideas también de dos clases. Hablo, como es natural, con todos mis vecinos, pero lo sorprendente es que a mi izquierda pusieron estos días a un muchacho escritor, poeta muy joven, pero de indudable interés. Han sido muy dificultosas nuestras conversaciones porque precisamente yo he de estar descansando hacia la otra parte y apenas si puedo en algún momento, forzando mucho la cabeza, mirarle de reojo. Unas veces me ha parecido ver a un niño casi, con un rostro afilado y sensible; otras me resultaba un hombre total, de facciones ya fijas. Sin duda, lo uno y lo otro es en él cierto, puesto que la guerra debió volcar sobre sus pocos años la prematura sombra de esa experiencia dramática que lo curte extrañamente. Hemos discutido ya con violencia. Tiene una preparación desigual. De música sabe tan poca cosa que en nuestra charla he de buscar los ejemplos en poesía exclusivamente, lo cual dificulta mis demostraciones. Aún así, conversando juntos he podido recuperar la conciencia de todo lo que constituye mi verdadero ser. Hoy no he querido que hablase, veo que tiene fiebre y se queja de muchos dolores. Ayer, en cambio, tenía una gran exaltación. Me contaba que se casó al estallar la guerra, atropelladamente enamorado de una muchacha florista que ahora vive con una hermana en Barcelona, y esperando un niño. Está muy impresionado con la idea de ser padre. Sueña muchas noches que su hijo, ya hombre, se ahoga en un mar terrible, y esto le despierta lleno de fatiga y con escalofríos.

A mi derecha hay un pocero, muchachote oscuro, borroso, que casi no habla, pero en quien hay que sospechar a veces una firme sabiduría



*de las cosas, y sobre todo del tiempo. ¿Por qué no desespera como todos? ¿Por qué tiene tanto peso su monótona vida inmóvil? ¿Es que aquí tendido no siente angustia alguna, o es que sabe que es inútil sentirla y la vence? También está herido en la pierna.*

*Y basta por hoy. Ya sé que esto no es contestación a su carta, pero sólo quería informarle del estado de cosas. Mañana le escribiré de nuevo, ya que lo que usted pregunta es un tema que me importa mucho. Como usted misma supone, la confusión no se ha producido en arte, sino con el arte. Pero ya le hablaré de todas estas cosas con calma.*

J. V.



# DOS SONETOS *a* *Federico García Lorca*

## I

Aquel pichón dorado que tuviste,  
la pompa levantina de mi envío,  
con las rosadas bridas del estío  
pasó a ser de tu casa ornato triste.  
Transparente ciudad, la que ofreciste  
galas de pluma en marco de tu río  
al que en laurel precoz, amigo mío,  
gloriosa es ya la luz con que se viste.  
Solitario está en tierra, enmudecido,  
vástago fiel de músicas umbrosas  
otras alas circundan al poeta,  
¡oh príncipe cantor muerto en la meta  
de la feliz Alhambra en que has crecido!  
Que aquel pichón te otorge eternas rosas.

## II

Esta tumba, ¡oh feliz algarabía!,  
de la que monstruos huyen espantados,  
la Fama y sus satélites alados  
cercan de noche hasta romper el día.  
Esta será la ruta de alegría  
que frecuenten umbrosos los ganados,  
y donde los poetas desolados  
hallen la flor ardiente que los guía.  
Los hombres que repudian la Belleza  
convirtieron en losa lo que fuente  
manó siempre vivaz, siempre sonando,  
mas del que duerme aquí, sin par clareza,  
un silbo arrullador llega a la gente  
que la va entre arrayanes convocando.

JUAN GIL-ALBERT.

Agosto, 1937.



# NOTAS

## «LA GUERRA» DE ANTONIO MACHADO

Un libro en prosa del poeta Antonio Machado, donde se recogen todas sus palabras, escritas o pronunciadas directamente acerca de la guerra o, más bien, en la guerra.

La poesía española es tal vez lo que más en pie ha quedado de nuestra literatura, cosa que no nos ha sorprendido porque su línea ininterrumpida desde Juan Ramón Jiménez es lo más revelador, la manifestación más transparente del hondo suceso de España, y si algún día alguien quisiera averiguar la profunda gestación de nuestra historia más última, tal vez tenga que acudir a esta poesía como a aquello en que más cristalinamente se aparece. Lo que estaba aconteciendo entre nosotros era de tal manera grave, que huía cuando se pretendía apresarla y aparecía, en cambio, en casi toda su plenitud cuando el hombre creía estar solo, entregado a sus más íntimos y recónditos afanes. Por esto, y por otras razones, entre las que pudiéramos apuntar que la historia de España es poética por esencia, no por que la hayan hecho los poetas, sino porque su hondo suceso es continua trasmutación poética, y quizá también porque toda historia, la de España y la de cualquier otro lugar, sea en último término poesía, creación, realización total; por todo esto que se apunta y por otras cosas que se callan, tal vez sea la poesía española, desde Juan Ramón Jiménez hasta hoy, el índice o documento mejor de nuestros verdaderos acontecimientos.

Testimonio de nuestro suceso, la poesía, hasta en sus últimas consecuencias, ha tenido el testimonio extremo, ha tenido sus mártires y hasta sus renegados, si bien es verdad que la poesía de estos últimos se ha desdibujado de tal manera que apenas existe. La poesía española hoy nos acompaña, justo es proclamarlo, y con tanta mayor imparcialidad por no ser quien esto afirma y siente de la estirpe de los poetas.

Pero entre todos los poetas que en su casi totalidad han permanecido fieles a su poesía, que se han mantenido en pie, ninguna voz que tanta compañía nos preste, que mayor seguridad íntima nos dé, que la del poeta Antonio Machado.

No es un azar que sea así, por la condición misma poética que de siempre ha tenido Machado; nada nuevo nos brinda, nada hay en él que antes y desde



el primer día ya no estuviera. Y si hoy aparece en primer término y con mayor brillo, se debe, no a lo que él haya añadido, sino a la situación de la vida española, a que por virtud de las terribles circunstancias hemos venido a volver los ojos en esa última mirada de vida o muerte, hacia lo cierto, hacia lo seguro, hacia la verdad honda que en horas más superficiales hemos podido, quizá eludir. La voz poética de Antonio Machado canta y cuenta de la vida más verdadera y de las verdades más ciertas, universales y privadísimas al par de toda vida. ¿Qué sería de nosotros, de todo hombre, si no supiésemos hoy y no nos lo supiesen recordar el saber último que con sencillez de agua nos susurran al oído las palabras poéticas de Machado? Y aunque en última instancia, todo hombre, toda hombría en plenitud sepa de esas cosas, son necesarias siempre su formulación poética, porque en la conciencia de un poeta verdadero adquieren claridad y exactitud máxima y al ser expresadas, al ser recibidas por cada uno en su perfecto lenguaje, ya no nos parecen nuestras, cosa individual, sino que nos parecen venir del fondo mismo de nuestra historia, adquieren categoría de palabras supremas, esa que todo pueblo ha necesitado escuchar alguna vez de boca de un Legislador, Legislador poético, padre de un pueblo. Palabras paternales son las de Machado, en que se vierte el saber amargo y a la vez consolador de los padres, y que con ser a veces de honda melancolía, nos dan seguridad al darnos certidumbre. Poeta, poeta antiguo y de hoy; poeta de un pueblo entero al que enteramente acompaña.

Y si en días alegres podemos apartarnos de la voz de los padres, a ellos volvemos siempre en los días amargos y difíciles; las dificultades nos traen a la verdad, y en ella nos reconciliamos todos. Pero es preciso para que la paz sea perfecta que la voz paternal no la enturbien luego los reproches, la recriminación o el resentimiento por el olvido sufrido. Que como agua vaya vertiendo para todos, pero sintiéndola cada uno nacer al lado de su oído, la verdad humilde y antigua.

Esta voz es hoy para nosotros, españoles que vivimos las más duras circunstancias que se han exigido a pueblo alguno, la voz de la poesía de Machado, no ya de la de ahora, sino de esa contenida en sus poesías completas y que estaba ahí ya de antes, ya de siempre, igual a sí misma a través de todas las alternativas de nuestra vida literaria; es el único consuelo posible, aquello que nos promete porque nos descubre y nos muestra nuestros claros, más claros orígenes. La palabra del poeta ha sido siempre necesaria a un pueblo para reconocerse y llevar con íntegra confianza su destino difícil, cuando la palabra del poeta, en efecto, nombra ese destino, lo alude y lo testifica, cuando le da, en suma, un nombre. Es la mejor unidad de la poesía con la acción o como se dice con la política, la mejor y tal vez única forma de que la poesía puede colaborar en la lucha gigantesca de un pueblo: dando nombre a su destino, reafirmando a sus hijos todos los días su saber claro y misterioso del sino que le cumple, transformando la fatalidad ciega en expresión liberadora. Y sin bas-



carlo, nos acude a la mente un nombre: Homero, a quien de un modo literario en nada pretendemos cotejar con nuestro humilde cantor de los campos castellanos, el cantor—¿coincidencia?— de las *altas praderas numantinas*. No se trata de comparar méritos ni nosotros sabríamos discernirlo, pero es quizá una categoría poética que un poeta determinado puede llevar con más o menos talento, con más o menos fortuna literaria. Si acude con su grandeza impersonal—impersonal hasta en su ciega mirada—el divino cantor de la Grecia legendaria es por eso, justamente, por su impersonalidad, porque a su través ya no creemos escuchar a un hombre determinado, sino a un pueblo.

Todo ello acude a decirnos que es Antonio Machado un clásico, un clásico que, por fortuna, vive entre nosotros y posee viva y fluente su capacidad creadora. Y es clásico también por la distancia de que su voz nos llega; con sentirla cada uno dentro de sí, se le oye llegar de lejos, tan de lejos que oímos resonar en ella todos los íntimos saberes que nos acompañan, lo que en la cultura viene a ser la paternidad, aquello que poseemos de regalo, de herencia. Por el solo hecho de ser españoles recibimos el tesoro con nuestro idioma, lo recibimos y llevamos en la sangre, en lo que es sangre en el espíritu, en aquello vivo, íntimo y que, siendo lo más inmanente, es lo que nos une: la sangre de una cultura que late en su pueblo, en el verdadero pueblo, aunque sea analfabeto. Y por esto es también su viva historia lo que pasa y lo que queda.

Poeta clásico. Una de las cuestiones que más falta haría aclarar y poner de manifiesto es la diferente manera de ser poeta o las diferentes formas de poesía. No cabe con una mínima honestidad intelectual abarcar lo mismo a fenómenos y sucesos tan desemejantes como el de Verlaine y Dante, por ejemplo. Aunque a todos abarque la unidad de la poesía, sin duda son varias las especies de ella, que hacen distinta la situación del poeta con respecto a su propia poesía y distinta la función histórica de la misma poesía.

Porque hemos comenzado diciendo que *La Guerra* es un libro en prosa—salvo dos poemas—de un poeta. Pensamientos de un poeta que en Antonio Machado forma ya además un volumen casi parejo en extensión al de su poesía; Juan de Mairena crece al lado de Antonio Machado. Quiere esto decir y lo dice, además, por la naturalidad y perfección de la prosa, y por la exactitud del concepto, que no se trata de un poeta que accidentalmente piensa. Y es él mismo quien nos lo dice: «Todo poeta—dice Juan de Mairena—supone una metafísica; acaso cada poema debiera tener la suya—implícita—, claro está—nunca explícita—, y el poeta tiene el deber de exponerla por separado, en conceptos claros. La posibilidad de hacerlo distingue al verdadero poeta del mero señorito que compone versos».

Es esta relación entre pensamiento filosófico y poesía uno de los motivos más hondos para clasificar a un poeta, si la tal clasificación existiera. Un mo-



tiva hondo, moral, salta a la vista en el caso de Machado. Y es el sentimiento de responsabilidad. Machado, hombre, acepta lo que dice Machado, poeta, y pretende en último término darnos las razones de su poesía, es decir, que el poeta humildemente—hay que repetir de continuo esta condición de la humildad tratándose de Machado—somete a justificación su poesía, no la siente manar de esas regiones suprahumanas que unas veces se han llamado Musas, otras inspiración, otras subconciencia, designando siempre, al poner su origen tan alto o tan bajo, mas nunca en la conciencia, que la poesía no es cosa de la que se pueda responder; que ello es cosa de misterio, cosa de fe, milagrosa revelación humana en que no interviene el Dios, pero sí lo que cerca del hombre sea más divino, esto es, más irresponsable.

Machado que dice, sin embargo, en una de las páginas de este libro: «por influjo de lo subconsciente *sine qua non* de toda poesía», somete luego la poesía a razón diciendo que la lleva implícita, es decir, que en último término no cree en la posibilidad de una poesía fuera de razón o contra la razón, fuera de ley. Para Machado la poesía es cosa de conciencia. Cosa de conciencia, esto es, de razón, de moral, de ley.

Y si miramos a su propia poesía, sin atender a los pensamientos que Juan de Mairena o el mismo Machado hombre nos da en *La Guerra*, vemos que no le es ajeno el pensamiento. No sucede esto en el mundo por primera vez: que pensamiento y poesía, filosofía y poesía se amen y requieran en contraposición, y tal vez para algunos, consuelo de aquellas veces en que mutuamente se rechazan y andan en discordia. No es la primera vez, y así acuden a nuestra memoria, las diversas formas de esta unidad. Los primeros pensamientos filosóficos son a la par poéticos; en poemas se vierten los transparentes pensamientos de Parménides, de Pitágoras; poetas y filósofos son, al mismo tiempo, los descubridores de la razón en Grecia. Poesía y escolástica encontramos en Dante, y pensamiento, clarividente y concentrado pensamiento encontramos en Baudelaire. Pero hay nombres más próximos a nosotros a quienes inmediatamente nos trae a la mente Antonio Machado: Jorge Manrique, o como él le llama, D. Jorge Manrique, queriendo tal vez señalar con ello la cercanía viviente en que le siente. De un lado Jorge Manrique, de otro la poesía popular, especialmente andaluza, en que nuestro pueblo dicta su sentir, sentir que es sentencia, esto es, corazón y pensamiento.

Esta unidad de razón y poesía, pensamiento filosófico y conocimiento poético de la sentencia popular y que encontramos en todo su austero esplendor en Jorge Manrique, ¿de dónde viene? ¿Dónde se engendra? Una palabra llega por sí misma no más se piensa en ello: estoicismo; la popular sentencia y la culta copla del refinado poeta del siglo xv, parecen emanar de esta común raíz estoica, que aparece no más intentamos sondear en lo que se llama nuestra cultura popular.

Menos azarante y problemático es el estoicismo de las coplas de Jorge Man-



rique que aquel que escuchamos resonar en nuestro cancionero y aun en los dichos con que nuestro pueblo se anima o se consuela en los trances difíciles. La época en que fueron escritas las coplas de Jorge Manrique coinciden con una ancha y extensa ola de meditación sobre la muerte que recorría toda la Europa culta. Pero si tendríamos siempre que anotar el hecho de que sean estas coplas de meditación ante la muerte, lo que más honda y persistentemente nos ha legado nuestro pasado literario, lo que está siempre en el fondo de nuestro corazón presto a saltar a nuestra memoria. Todo ello y hasta la denominación estoica que le aplicamos lleva consigo graves cuestiones en las que no podemos sumergirnos, aunque bien necesario sería para comprender en su integridad la poesía y el pensamiento de nuestro poeta.

Seguramente que esta solución *estoica*, como explicación de su íntima unidad poético-filosófica, no sería aceptada sin más por Machado, quien dice en las mismas líneas de este libro que nos ocupa, refiriéndose a Unamuno: «De todos los pensadores que hicieron de la muerte tema esencial de sus meditaciones fué Unamuno quien nunca nos habló de resignarse a ella. Tal fué la nota antisenequista—original y españolísima, no obstante—de este incansable poeta de la angustia española».

Parecería leerse en estas líneas un cierto reproche al senequismo español y a su resignación ante la muerte, como cosa de inferior estirpe que la angustiosa agonía de D. Miguel al querer vencerla, al no aceptarla. Pero más adelante dice: «Porque la muerte es cosa de hombres—digámoslo a la manera popular—o, como piensa Heidegger, una característica esencial de la existencia humana, de ningún modo un accidente de ella; y sólo el hombre—nunca el señorito—, el hombre íntimamente humano en cuanto ser consagrado a la muerte, puede mirarla cara a cara. Hay en los rostros de nuestros milicianos—hombres que van a la guerra por convicción moral, nunca como profesionales de ella—el signo de una profunda y contenida meditación sobre la muerte. Vistos a la luz de la metafísica heideggeriana es fácil advertir en estos rostros una expresión de angustia dominada por una decisión suprema, el signo de resignación y triunfo de aquella libertad para la muerte a que aludía el ilustre filósofo de Friburgo».

Está aquí expresado por el propio poeta de modo transparente, lo que entiende por ser hombre en su integridad. De esta *entereza* humana arranca la unidad moral, poética y filosófica de la poesía de Machado. Es lo que está siempre en el fondo de ella como lo está en el rostro de nuestros milicianos.

¡Una profunda y contenida meditación sobre la muerte! Sin comprometernos ahora con la denominación *estoica*, sí cabe decir que lo que enlaza la poesía de Machado a la copla popular, a Jorge Manrique, y a ellos con la serena meditación de nuestro Séneca, es este arrancar de un conocimiento sereno de la muerte; este no retroceder ante su imagen, este *mirarla cara a cara* que lleva hasta el mismo borde del suicidio.



Alguien ha dicho, y si no, ha podido decirlo, que el estoicismo es una filosofía de suicidas. Tal vez, y tal vez sea un género único de suicidio, el único suicidio noble por ser engendrador de realidades, nacido del amor a algo que queremos más que a nuestra propia existencia—tal, la Patria, la libertad—. Y tal vez el suicidio del estoico signifique una amorosa aniquilación del yo, para que *lo otro*, la realidad, comience a existir plenamente.

Misterios hondos en que juegan muerte y amor. En ellos se desenvuelve la poesía de Antonio Machado; su poesía y su pensamiento requeridos, engendrados por estos opuestos polos, Muerte y Amor.

Porque es Machado en nuestra lírica un poeta erótico, honda y serenamente erótico. Y al llegar a este punto la voz de un maravilloso poeta aparece llena de alusiones: San Juan de la Cruz. También él necesitaba comentar sus versos, empaparlos de razón y aun de razones. Razones de amor tan sabrosas de leer como su amorosa poesía.

Razones de amor porque cumplen una función amorosa, de reintegrar a unidad los trozos de un mundo vacío; amor que va creando el orden, la ley, amor que crea la objetividad en su más alta forma. Mucho sabe de esto Machado y claramente lo expresa en su *Abel Martín* incluido en el volumen de Poesías Completas, Maravillosos pensamientos de un poeta, razones de amor que algún día serán mirados como continuación de lo mejor y más vivo de nuestra mística. Amor infinito hacia la realidad que le mueve a reintegrar en su poesía toda la íntima substancia que la abstracción diaria le ha restado.

El pensamiento científico, descualificador, desubjetivador, anula la heterogeneidad del ser, es decir, la realidad inmediata, sensible, que el poeta ama y de la que no puede ni quiere desprenderse. El pensar poético, dice Machado, se da «entre realidades, no entre sombras; entre intuiciones, no entre conceptos». El concepto se obtiene a fuerza de negaciones, y «el poeta no renuncia a nada ni pretende degradar ninguna apariencia». Y en otro lugar: «¿Y cómo no intentar devolver a lo que es su propia intimidad? Esta empresa fué iniciada por Leibniz, pero solamente puede ser consumada por la poesía».

«Poesía y razón se completan y requieren una a otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluente, movediza, la radical heterogeneidad del ser». Razón poética, de honda raíz de amor.

No podemos perseguir por hoy, lo cual no significa una renuncia a ello, los hondos laberintos de esta razón poética, de esta razón de amor reintegradora de la rica substancia del mundo. Baste reconocerla como médula de la poesía de Antonio Machado, poesía erótica que requiere ser comentada, convertida a claridad, porque el amor requiere siempre conocimiento.

---

Amor y conocimiento a través de estas páginas de *La Guerra*, van directa-



mente hacia su pueblo. La entereza con que el ánimo del poeta afronta la muerte, le permite afrontar *cara a cara* a su pueblo, cosa que sólo un hombre en su entereza puede hacer. Porque es la verdad la que le une a su pueblo, la verdad de esta hombría profunda que es la razón última de nuestra lucha. Y en ella, pueblo y poeta son íntimamente hermanos, pero hermanos distintos y que se necesitan. El poeta, dentro de la noble unidad del pueblo, no es uno más, es, como decíamos al principio, el que consuela con la verdad dura, es la voz paterna que vierte la amarga verdad que nos hace hombres. Voz paterna la de Machado, aunque tal vez a sentirla así contribuya, para quien esto escribe, el haber visto su sombra confundida con la paterna en años lejanos de adolescencia, allá en una antigua y dorada ciudad castellana. La sombra paterna... y la sombra de amigos caídos en la lucha común. El escultor Emiliano Barral, que a un tiempo esculpiera también la cabeza de Machado y la paterna, muerto ahora hace un año por nuestra lucha en el frente de Madrid... *Y tu cincel me esculpía*. La poesía de Machado ha devuelto al escultor su obra, y las últimas palabras casi de este libro van a él dedicadas: «Cayó Emiliano Barral, capitán de las milicias de Segovia, a las puertas de Madrid, defendiendo a su patria contra un ejército de traidores, de mercenarios y de extranjeros. Era tan grande escultor que hasta su muerte nos dejó esculpida en un gesto inmortal». Y con Emiliano Barral todo un trozo de vida en la lejana y dorada ciudad, encendida de torres y altos chopos. La poesía de Machado afronta sin debilidad la melancolía de estas pérdidas irreparables. Sin melancolía y con austero dolor nos habla a lo más íntimo de nosotros este libro, *La Guerra*, ofrenda de un poeta a su pueblo.

MARIA ZAMBRANO



## SILVESTRE REVUELTAS O LA SOLEDAD

Silvestre Revueltas ama la soledad. Está hecho de soledad, o para la soledad. En el barrio de Usera, en la Ciudad Universitaria o en la Casa de Campo, busca la soledad. La descomunal soledad, el monstruoso silencio de la guerra. O el grito desgarrado del hombre que se yergue para, definitivamente, desplomarse en el silencio y la soledad. Muerte y angustia que solamente son el vivo testimonio de la soledad y el silencio.

Del silencio y la soledad mana su música. Su música, que es exacta a un magüey: fina y suave en apariencia, pero en realidad áspera, violenta y agresiva, y de cuyo fondo brota un licor que inunda los sentidos y arrebató la sangre, iluminando el corazón de los hombres con un fervor de eternidad.

Revueltas es el hombre. Críticos ha habido que no se explicaban cómo de su inmensa mole pudiera surgir tal cantidad de música. Yo digo que no conocían a Revueltas, que no conocían al Hombre. Y sin conocer al Hombre difícilmente podrán penetrar la tierna entraña de su música. Porque la música de Revueltas es una fatal consecuencia del Hombre y su soledad. La angustia del Hombre, el espanto del Hombre ante la soledad y la Muerte.

Los ojos de Revueltas están repletos de lejanía, de soledad. Es el silencio quien los habita y los llena de música.

El indio vive doblado sobre la tierra, concentrado en sí mismo. Planta el enequéen o el maíz. Trabaja, lucha y muere en la soledad.

El aire del Valle tiene el mismo color que la música de Revueltas. No es alegre ni triste. Es como el aire.

La entrañable tierra de México, su espíritu, es el aliento popular de su música. El Valle de Anahuac, las islas maravillosas de Michoacán, las fiestas populares en las plazas de las aldeas... Difícilmente un hombre puede expresar mejor la honda soledad de un pueblo, el profundo sentimiento de un pueblo que alienta y vive con un sentido de eternidad.

¿Habéis oído «Colorines»? Los verdes, amarillos, azules, ocre, sienas...; toda la gama de colores de las tierras de México, vastas y múltiples como el alma misma del compositor, laten, se agitan igual a mariposas u hojas movidas por el aire del Valle.

«Janitzio» y «El Renacuajo Paseador» tienen un aire popular que las llena



de encanto. La primera es una fiesta de pueblo, triste y alegre, dulce, suave, con ingenuidad de trajes nuevos y danzas en la plaza; la segunda es la historia popular de un renacuajo que muere en el vientre de un pato. Las dos son profundamente hermosas, hondamente entrañables.

Pero donde el talento musical de Revueltas culmina es en el «Homenaje a Federico García Lorca». Los tres tiempos que forman esta maravillosa composición son un primor de gracia. Aquí se une a la soledad del Hombre, la profunda soledad de México, la dramática y dolorosa soledad de España. «El baile», suave, como un presentimiento de la muerte; «El duelo», arrebatado, doloroso, sin una lágrima, como un agua tempestuosa que ahogara a los hombres; «El son», tenue, angustioso, como llamando a los corazones hacia la nueva aurora...

Revueltas está hecho de soledad, o para la soledad. Ya lo hemos dicho. Su música, eminentemente popular, extraordinariamente mejicana, es universal y revolucionaria en su sentido más profundo. En ella late el espíritu del pueblo y su sentimiento más humano: la soledad del Hombre.

PLA Y BELTRAN

PROHIBIDA LA REPRODUCCION DE ORIGINALES SIN CONSIGNAR SU  
PROCEDENCIA

---

V I S A D O   P O R   L A   C E N S U R A



# SUMARIO

*de los números publicados durante el año de 1937*

## I

### ENERO

Ensayos de Antonio Machado, Rosa Chacel y José Bergamín. Poemas de J. Moreno Villa y J. Gil-Albert. Notas de A. Sánchez Barbudo, J. López-Rey, R. Gaya, M. Altolaguirre y B. Clariana. Teatro de R. Dieste.

## II

### FEBRERO

Ensayos de Antonio Machado y Dámaso Alonso. Poemas de Rafael Alberti. Notas de J. Gil-Albert, B. Clariana, A. Gaos, Rosa Chacel, A. Sánchez Barbudo, R. Dieste y J. Renau. Romances de Emilio Prados.

## III

### MARZO

Ensayos de Antonio Machado y Máximo José Kahn. Poemas de Manuel Altolaguirre. Notas de A. Porras, Adolfo S. Vázquez, A. Sánchez Barbudo, José María Ots, R. Chacel, R. Dieste, Mariano G. Fernández y Ramón Gaya. Recuerdo de García Lorca por Pablo Neruda.

## IV

### ABRIL

Ensayos de Antonio Machado, José F. Montesinos y María Zambrano. Poemas de Luis Cernuda, Emilio Prados y Arturo Serrano Plaja. Notas de Antonio Porras, J. Renau, R. Chacel, Máximo J. Kahn y T. Pérez Rubio. Noche de Guerra por Manuel Altolaguirre.

## V

### MAYO

Ensayos de Antonio Machado, José Bergamín y Rafael Dieste. Poemas de Rafael Alberti, Juan Gil-Albert y León-Felipe. Notas de A. Serrano Plaja, A. Ossorio y Gallardo, J. Grau, Max Aub, M. Altolaguirre y R. Gaya. Días de julio, por A. Sánchez Barbudo.

## VI

### JUNIO

Ensayos de Antonio Machado, León-Felipe, Ramón Gaya y Juan Gil-Albert. Poemas de Luis Cernuda, A. Serrano Plaja y Rosa Chacel. Notas de Salas Viu, R. G. Tuñón, A. Gaos, Sánchez Barbudo, L. Varela y J. G. del Valle. Tiempo, a vista de pájaro por M. Altolaguirre.



VII  
JULIO

Ensayos de *Antonio Machado*, *Rosa Chacel*, *A. Serrano Plaja* y *Vicente Aleixandre*. Poemas de *Vicente Huidobro*, *E. Prados* y *L. Varela*. Notas de *María Zambrano*, *Corpus Barga*, *A. Sánchez Barbudo* y *R. Gaya*. Poemas catalanes por *Pere Quart* y *C. A. Jordana*.

VIII  
AGOSTO

II Congreso Internacional de Escritores. Su significación: *Corpus Barga*. Discursos de *A. Machado*, *M. A. Nexo*, *J. Benda*, *Fernando de los Ríos*, *Anna Seghers*, *Bergamín*, *Ehremburg*, *Corpus Barga*, *M. Cowley*, *Claude Aveline*, *Jef Last*, *Nordhal Grieg*, *Feedor Kelyin*, *André Chamson*, *Tzara*, *Spender*, *J. Marinello*. Notas. Ponencia Colectiva.

IX  
SETIEMBRE

Ensayos de *Antonio Machado*, *María Zambrano* y *Manuel Altolaguirre*. Poemas de *Octavio Paz* y *Miguel Hernández*. Notas de *A. Sánchez Barbudo*, *A. Porras*, *Luis Cernuda*, *R. Gaya*. *B. Clariana*, *Casal Chapí*, *P. Sanjuán*. *Taurino López* por *Juan de la Cabada*.

X  
OCTUBRE

Ensayos de *Antonio Machado*, *Máximo José Kahn* y *Ramón Gaya*. Poema de *Tristán Tzara*. Una narración de *Luis Cernuda*. Notas de *Margarita Nelken*, *Antonio Sánchez Barbudo* y *María Zambrano*. Tres cantos en el destierro de *Emilio Prados*.

XI  
NOVIEMBRE

Trabajos de *Antonio Machado*, *Juan Gil-Albert*, *José Bergamín*, *Luis Cernuda*, *Nicolás Guillén*, *Concha Méndez*, *Stephen Spender*, *A. Sánchez Barbudo*, *Antonio Aparicio*, *A. Gaos*, *B. Clariana*, *M. Altolaguirre* y *V. Salas Viu*. Escena inédita de *Federico García Lorca*.

XII  
DICIEMBRE

Trabajos de *Antonio Machado*, *José María Quiroga Pla*, *A. Serrano Plaja*, *Juan José Domenchina*, *Manuel Altolaguirre*, *Julián Marías*, *Ernestina de Champourcin*, *Ramón Gaya*, *J. Gil-Albert* y *María Zambrano*. El mundo primero por *Andrés Iduarte*.





# HORA DE ESPAÑA

*R E V I S T A M E N S U A L*

AVDA. PABLO IGLESIAS, 12 — VALENCIA — TELÉF. 16062

## CONSEJO DE COLABORACIÓN

LEÓN FELIPE. JOSÉ MORENO  
VILLA. ANGEL FERRANT. ANTO-  
NIO MACHADO. JOSÉ BERGA-  
MIN. T. NAVARRO TOMÁS. RA-  
FAEL ALBERTI. JOSÉ F. MON-  
TESINOS. ALBERTO. RODOLFO  
HALFTER. JOSÉ GAOS. DÁ-  
MASO ALONSO. LUIS LACASA.

REDACCIÓN: M. ALTOLAGUIRRE. RAFAEL DIESTE.  
A. SÁNCHEZ BARBUDO. J. GIL-ALBERT. RAMÓN GAYA.  
A. SERRANO PLAJA. ANGEL GAOS.

SECRETARIO: *ANTONIO SANCHEZ BARBUDO*

SUSCRIPCIÓN ANUAL EN ESPAÑA Y AMÉRICA, 12 PTAS.  
SUSCRIPCIÓN ANUAL EN OTROS PAISES, 18 PESETAS



*El Mundo Primero*

*Capítulo de la novela*

**TABASCO**

*(un niño en la revolución  
mexicana)*

*por*

*Andrés Iduarte*

*V a l e n c i a*

*1 9 3 7*



# I

## *El Mundo Primero*

Yo nací en San Juan Bautista de Tabasco el 1.º de mayo de 1907. Aunque carece de importancia la coincidencia, no puedo negar que me agrada. El Día de los Trabajadores es un día bueno para venir al mundo. En mis cumpleaños me han envuelto—en París, en México, en Madrid—el entusiasmo popular, la fe en un justo futuro y, alguna vez, hasta el olor de la pólvora. Mi cumpleaños es siempre de emociones. Pero dejemos la frívola divagación... Lo que sí es importante es que nací en 1907, cuando ya México se despedezaba políticamente, en los días del despertar obrero en Río Blanco, cuatro años antes de que se derrumbara el Gobierno del General Porfirio Díaz. Me iba a tocar una infancia roja.

San Juan Bautista era una ciudad pequeñita, capital de la provincia de Tabasco, la más tropical de México, la que



más se asemeja a esos panoramas exuberantes de Suramérica que han mostrado al mundo José Eustasio Rivera y Rómulo Gallegos. Trópico, ríos inmensos—entre otros el Grijalva y el Usumacinta, que forman un estuario espléndido—, pasión, sangre... Allí fué donde los bravos indios—no digo «los indios bravos»—pusieron una vez en derrota a Hernán Cortés, a pesar de los misteriosos arcabuces y de los diabólicos caballos. Fué allí donde los caciques le regalaron la llave que necesitaba para abrir la fortaleza azteca: la india Malinaltzin, la Doña Marina de los españoles. Tierra de historia vigorosa y trágica, casi tétrica. Las matanzas de Tabasco superan en proporción a las de todo México. La tragedia es el sonsonete de su historia. Y su tragedia tiene un tono particular, singularísimo: Tabasco vive de conceptos tradicionales, rancios, ásperos, sobre el honor. Es allí práctica constante el desafío entre dos hombres, en el que se siguen leyes bárbaras estipuladas a solas por ellos, y de las que siempre es uno el que regresa; es allí deber y placer la venganza, más que corsa, que despedaza a dos familias, como a Montescos y Capuletos. En las luchas políticas hay una casi absoluta ausencia de ideología y una presencia continua del factor sentimental, de la amistad como base reguladora del mal y del bien. Tierra en que la lealtad al amigo es la fundamental virtud y en que la traición del amigo debe castigarse inexorablemente con la muerte. En cuanto al amor, Tabasco vive un paganismo lozano, una ausencia de prejuicios que no es sino la fuerza omnímoda de la naturaleza operando sobre la carne del hombre. A Tabasco no se atrevieron a llegar las misiones religiosas. Los que sí



llegaron fueron piratas y bucaneros que, derrotados o satisfechos o cansados, buscaron refugio y paz adentrándose en los grandes ríos que inquietaban sus ojos audaces. Tabasco sigue siendo una tierra piratesca, y más en lo temeraria que en lo filibustera. El tabasqueño—que lleva apellidos franceses e ingleses, entroncados con la piratería antillana—muere con gusto por lo que cree y hasta por lo que no cree. Así brotó espontáneamente, en lo social, el señor feudal y el siervo, y en lo personal el hombre desnudo y desmesurado, sin artificio, sin afeites y sin frenos. A un lado de la provincia de Veracruz, abierta al mundo, y de la de Campeche, que posee una tradición de cultura que viene desde los tiempos de la colonia, Tabasco hace una vida aparte, local, suya, y esa vida es frenética. Sus hondos ríos, siempre navegables, enlazan todas sus villas; pero vive aislada de México y de su altiplanicie porque no tiene una sola vía férrea y porque sólo la unen a ellos el caballo que atraviesa pantanos y el barquichuelo que desafía el Golfo de México, mar bravo y traidor. En los últimos tiempos el trimotor, sorteando las tormentas tropicales, ha logrado unir la apartada provincia a la metrópoli. Su población, casi toda blanca, matizada levemente de mayaquiché y azteca—límite fué Tabasco de las dos culturas indias—, mira hacia su selva virgen y hacia las de Chiapas y Guatemala, que son las tres una sola; hacia las «monterías» que tiene dentro y fuera de su seno, y el frenesí biológico de estas tierras de explotación y aventura son las que dan fisonomía. El desprecio a la muerte, común a todo mexicano, adquiere en el tabasqueño un diapasón subido. Sin llegar a la fanfarronería—porque el hecho si-



gue a su palabra—el tabasqueño rubrica con grito y gesto lo que el otro, el mexicano más indio, hace a media voz o en silencio. Arrogancia, intrepidez, brutalidad en consonancia con unos ríos que son moles de agua en movimiento, a través de tierras lujuriosas, en producción fantástica, sobre un verde que embriaga, bajo un sol deslumbrador, insolente. Tierra de mujeres vibrantes, de hombres muy valientes, sencilla y naturalmente heroicos, muy «machos», como allá dicen... Sobre mi vida se proyectaría el áurea trágica y ardiente de mi cuna. Hoy San Juan Bautista se llama Villahermosa; pero la sangre sigue regando sus calles asoleadas.

Claro es que el Tabasco físico y psicológico de que hablo no lo conocí hasta después... Yo nací, como bulto humano, en una callecita empinada que fué mi panorama primero. Nací en una casa de la loma de la Encarnación, en una vía casi vertical del centro de la villa. Mi patria, hasta los tres años, fueron aquellas dos ventanas de gruesos barrotes, la casita obrera de D.<sup>a</sup> Adela Malagón que estaba enfrente, la burguesa de la Sra. Panteral que estaba abajo, la del Jefe Político que estaba arriba, el edificio del Telégrafo—una casa de paredes rojas y repujadas, de la que yo decía que había tenido las viruelas—que colindaba con la mía al descenso de la cuesta, y por el otro lado una huerta misteriosa que me hacía señas desde la copa de sus capulines, cuyas ramas rebasaban una alta pared limítrofe y techaban mi patio. Era una casa la mía sencilla y casi pobre, con esa falta de lujo y de confort y esa exquisita limpieza de las provincias costeñas de México. A mí me



gustaba mucho: me gustaba ver la empinada calle desde las ventanas, me gustaba hacer incursiones a un cuarto abandonado en que mi papá guardaba un espadón viejo y varias escopetas, me gustaba ir al patio y asomarme al brocal de un pozo muy hondo que reproducía mi imagen y que arrojaba sobre mi cara un chorro de frescura, me gustaba pegar mi frente al tinajero pintado de verde que estaba en un rincón del comedor, me gustaba medio nadar todos los días en una tina muy grande—toda ella de piedra ceniza—que había en el baño, o tomarlo dentro de una gran palangana, que llenaba yo de patos, y pececillos, y barquitos de hule, bajo la sombra de los capulines... Allí me bañaban, creo, en los días en que el calor era más fuerte, y al declinar la tarde. Y he callado mi mayor placer: tenderme a la entrada de la casa, en las negras baldosas del corredor—cuyas puertas abiertas dejaban pasar el aire—y poner en ellas las mejillas, una tras otra, y el pecho y luego la espalda, los brazos en alto, buscando fresco, huyendo de aquel calor agotante.

Mi mundo humano era todavía mejor: mi padre, mi madre, mi abuela materna, mis tres hermanas, mi criada Paula... De mi abuelita y de mi criada Paula guardo más recuerdos. Eran las que estaban más tiempo conmigo. Último hijo y único varón en una familia corta y acomodada, y nacido poco después de la muerte de uno anterior, yo tuve una infancia feliz. Materialmente tuve lo necesario y lo superfluo. E hijo de un hombre esencialmente bueno y dulce, y además de eso inteligente y aficionado a la pedagogía, tuve una infancia espiritualmente dichosa... No



recuerdo ni golpes, ni regaños, ni castigos brutales, ni prohibiciones absurdas, ni estiramientos en la mesa, ni obligaciones eclesiásticas... Crecí haciendo y diciendo lo que quería. Mi papá era catedrático de Filosofía en el Liceo de la ciudad y en la Facultad de Derecho. Yo supe su profesión desde muy niño porque jugué con Spencer, Giddings, Comte, Ferri y Lombroso haciendo casas y puentes, y a veces también hice con ellos basureros. He dicho con gusto una cosa de mi padre: era catedrático. Y digo que lo fué de verdad y que dejó en la juventud que pasó por sus manos más huella que nadie. Pero voy a decir con disgusto otra cosa: era Juez. Mi padre era Juez de Distrito del Estado de Tabasco. Creo que lo fué durante dieciocho años. Yo no puedo pensar sobre eso sino que sufría la desgracia de ser pobre y de tener hijos que mantener, cargando con la cruz de ser Juez, más temible que la de Jesucristo. Sus amigos, y también los que no fueron sus amigos, han dicho que fué muy buen Juez. «El mirlo blanco de la judicatura», le llamó el jefe de la revolución liberal de Tabasco. Pero yo digo ahora, con gusto, que debe haber sido muy mal Juez. Un Juez muy humano y muy poco Juez. Esto no me lo ha dicho nadie; pero aquel hombre bueno es imposible que haya sabido manejar rigurosamente la maldición de los códigos. Por eso les pareció «mirlo blanco» a los rebeldes que caían dentro de ellos. Mi padre tuvo mucho de santo. Murió hace quince años y todavía, despierto o dormido, tengo sobre mí la sensación de sus ojos dulces.

Mi mamá era una mujer hermosa, rubia, casi siempre



seria y melancólica, de ojos azules de una tristeza inefable. No estudió eugenesia, pero me bañaba todos los días y me cuidaba muy bien. No tengo de ella sino recuerdos suaves. Lo único que me disgustó más tarde de mis padres fué oírlos discutir por cosas misteriosas en que se hablaba de una mujer...

Mi abuela materna era una viejita de sesenta y pico de años, pequeñita, dulce y blanda como un pan con miel. Tuvo en mí más influencia que nadie. El hombre, generalmente, agranda las dimensiones de las cosas que vió de niño: una plaza muy grande no es sino una plazoleta, un hombre enorme es en realidad un hombrecito insignificante... Con mi abuelita me pasa lo contrario. Yo a ella la recuerdo desde aquí muy chiquita, como de un metro de alto: una verdadera miniatura. Quizá es porque hacía yo de ella cuanto quería. Recuerdo sus ojos, tan claros como dos gotas de agua; su pelo blanco dividido en dos bandas, restiradas con un moñito blanco y chiquitito detrás. Recuerdo sus brazos blancos, dibujados con líneas azules, laxos: le colgaban las carnes viejas, con las que irrespetuosamente yo jugaba.

Ella fué quien hizo vagar mi imaginación por otros mundos. Me hizo conocer a mi abuelo, su marido muerto. Me habló tanto de él que hasta no sé qué edad creí haberlo conocido de veras. Recordaba yo su cuerpo espigado, su rostro doliente, su larga melena romántica. Lo conocí, lo conocí porque ella lo llevaba dentro, vivo, viviente. Pero no es así: murió cuando ella era joven y sus hijos tiernos. Yo supe una historia caballeresca y dramática a los tres



años. Mi abuelita me la contaba. Y quizá no sólo ella : mi abuelo Miguel Gramont es legendario en Tabasco. Poeta de la política, hombre henchido de amor al pueblo, liberal, anticlerical, cayó asesinado por el Partido Conservador cuando era Gobernador, víctima de un atentado en el Puente de Ampudia. Hombre, murió a pie firme, defendiéndose ; cristiano auténtico—no formal—murió diciendo : «Perdónalos, Señor». Hay en el carácter y en la vida de este hombre una antinomia, muy frecuente en otros tabasqueños selectos : era sensible y tierno, pero vivía en un ambiente de violencia, de hombría desenfrenada ; era sensible y tierno y, sin embargo, decía suyo un terrible principio, legítimamente tabasqueño : «al que me insulte, le pego ; al que me pegue, lo mato». En la emboscada de que fué víctima, veinte hombres surgieron del puente en que se escondían y dispararon sobre él y sobre sus amigos. Herido de muerte, bañado en sangre, sacó su pistola. Disparó y cayó, tocado en la frente, el jefe de los asaltantes. No impidió aquel final bélico que la bondad lo recuperase y muriese con una frase dulce en los labios. También supe que cuando la epidemia del cólera, él y mi abuelita atendían a los enfermos y amortajaban, conducían al cementerio y enterraban personalmente a las víctimas.

En cuanto a su rebeldía social, tiene explicaciones : hijo natural de una mujer francesa, fué infeliz. Conoció desde niño el hambre, el menosprecio y la lucha. Mi abuelita me contaba que murió por el pueblo, que repartió siempre su sueldo entre los pobres, que cuando murió todo su capital eran dieciséis pesos... Tenía mi abuelo en su



poesía y en su vida—con menores proporciones en cultura y escenario—un parecido sorprendente con José Martí. No en balde vivió, en un destierro político, la Cuba revolucionaria.

Mi abuelita, en cambio, no era de pobre cuna. Hija de un hombre rico, D. Vicente Palau, casó por amor. Los parientes de mi abuelita, quizá porque habían tenido mucho dinero, hablaban de linajes y aristocracias; pero ella se preocupaba poco de eso. Tenía otras cosas que sí valían. Había sido alumna del Maestro Justo Sierra, en Campeche. A la muerte de su marido, como otra Soledad Ureña—la de Santo Domingo—fundó escuelas en la sierra de Tabasco. El Gobierno la pensionó más tarde. Después, sus tres hijas se casaron burguesamente: la mayor, con el abogado más influyente de la provincia; la segunda, con mi padre; la tercera, con un arquitecto. Su hijo salió demasiado inteligente para tomar en serio ninguna cosa, y era demasiado pobre para poder alcanzar las tierras cultas y libres donde hubiera brillado su talento. Finalmente, mi abuelita lo fué de veinte nietos, para enriquecerlos repasando dos vidas santas.

Mi abuelita era mi ángel tutelar: cuando pintaba yo con gis, en las baldosas negras del corredor de mi casa, un círculo de extrañas figuras y, de pronto, viéndome rodeado de «brujos», me ponía yo a chillar, con gran risa de todos, ella era la que corría a sacarme; las dos o tres veces que me encerraron en el cuarto de baño, fué ella mi indignada libertadora; y era ella la que colaboraba conmigo en mis diarios fusilamientos de Miramón, Maximi-



liano y Mejía, los tres muñecos que para eso me guardaba. Mis hermanas y los criados—Paula, la negra Paula—fueron los que me envenenaron hablándome de D. Trifón, el «coco», y de los brujos que después me obsesionaban.

Fué también mi abuelita quien me comunicó la noticia de que había un Dios muy bueno, sentado encima de las nubes, y quien me enseñó el padrenuestro. En mi casa había tres imágenes, restos que quedaron del catolicismo desaparecido con mi abuela paterna, a la que no conocí: una del Ángel de la Guarda, otra del Santo Niño de Atocha y otra de la Virgen. Tuve, sin embargo, muy poca información religiosa. Me acuerdo de una noche que mi única tía católica me estuvo contando cosas de la Virgen. Cuando llegué a mi casa, pregunté a mi madre algo referente a la Sagrada Señora. Mi madre me contestó mostrándome la de la estampa; pero yo no quería que me hablase de esa, sino de la del cielo. No pudiendo expresar de mejor manera que me refería yo al original y no al retrato, la dije que le hablaba yo de «la Virgen de tripa», queriendo decir la de carne y hueso, la auténtica, la tangible, la verdadera. A esos extremos llegaba—¡horror!—mi materialismo. A la Virgen del cielo la imaginaba yo con tripas y todo. Y es que en mi casa nadie era católico: ni se casaban por la Iglesia, ni nos bautizaban, ni iban a misa. Mi abuelita tenía fe en un Dios que se imaginaba muy bueno, y con ella murió, pero nunca me hablaba de Cristo-Rey. A mi madre y a mis tías las oía yo conversar sobre la supervivencia del alma. Eso era todo. A nosotros no nos torturaron haciéndonos aprender los mandamientos ni los pecados capitales.



Yo no sabía qué cosa era el catecismo, que otros niños recitaban como loros. Más tarde, cuando tenía yo nueve años, mi papá leía y comentaba en mi presencia algunas páginas de los Evangelios. Hasta entonces oí hablar de Jesucristo como de un hombre tan bueno como mi abuelo. Mi abuelita y mis padres nunca quisieron que yo besara la mano a los curas, como corrían a hacerlo otros niños. Yo no se las besaba, además, porque siempre me dió mucho asco. En el trópico, que exige baño a diario y ropas claras y ligeras, las sotanas olían muy mal...

Mi nana era Paula, una negra, quizá nieta de uno de los poquísimos africanos que llegaron a Tabasco acompañando a los corsarios fugados de las Antillas, o acaso de alguno de los cubanos de color que atravesaron el Golfo cuando la llamada «conspiración de «La Escalera»». En mi vida infantil, Paula fué la calle, el pecado. Paula me quería muchísimo. Yo era poco travieso y muy avisado. No le daba mucho que hacer y aprendía bien sus historias y los apodos que les ponía a los amigos de la casa. Los soltaba yo luego en público, con gran regocijo de ella. A un médico calvo, el doctor Pelletier, me hacía llamarle «mi tío postizo», por el bisoné que según ella usaba. A una cocinera nuestra, muy altiva—precursora de la Revolución, nada menos—, me hacía llamarle «la niña Polita», como los criados dicen allá a las señoras. A D. Tacho, un anciano indigente, soldado de la lucha contra la intervención francesa, que mi tía Cristina había acogido en su casa, me hacía gritarle «Viva Francia», el grito con que toda la chiquillería volvía loco al viejo maniático de patriotismo. Era burlona



e inquieta, famosa en la población. Yo creo que me quería mucho; pero me enseñaba también palabras feas y dicen que me hacía cosas malas. Si se juzga por cuanto la quería yo, a mí me deben haber parecido muy buenas. Paula se bañaba una o dos veces todos los días y se jabonaba con jabón de Reuter. Olía muy bonito, a pesar de la mala fama de los negros—recuerdo muy bien su olor—y tenía la carne fresca, negra, dura y brillante. A mí me gustaba su carne hasta más que las baldosas frías del corredor de mi casa.

Ese era el escenario y esos los personajes de mi mundo primero. Tenía yo comodidades, pero no sabía que otros carecían de ellas; tenía yo una criada para mí sólo, sin saber que era un privilegio.